

REVISTA EUROPEA

NÚM. 306.

4 DE ENERO DE 1880.

AÑO VII.

EL ALUMBRADO PÚBLICO Y PRIVADO

BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HIGIENE
DE LOS OJOS

En estos últimos tiempos han llamado vivamente la atención del público los progresos de los procedimientos del alumbrado; y por otra parte, se ha hecho cierto ruido sobre las cuestiones de higiene escolar, produciéndose ardientes discusiones respecto al mejor sistema de alumbrado diurno de las escuelas.

Sin entrar en competencia con los que ya se han ocupado de este asunto, vamos a examinar la cuestión del alumbrado, teniendo en cuenta los informes de la fisiología y de la patología oculares.

ALUMBRADO DIURNO

Todo el mundo se halla de acuerdo en preferir la luz del día á las demas. Apesar de las colosales variaciones de su intensidad y hasta de su coloracion, á nadie se le ocurre en nuestros climas modificar su composición por medio de anteojos de colores ó de velos, ni amortiguar su brillo con cristales ahumados; nada de esto es necesario sino cuando se pone el órgano en condiciones completamente insólitas. Una vista sana no exige cristales protectores más que en las travesías por regiones heladas ó por las en que el sol resplandece con un brillo inusitado para nosotros.

No se puede menos de sentir un extremo asombro cuando se reflexiona sobre las variaciones colosales que sufre la adaptación del ojo; la luz del sol es próximamente un millon de veces más intensa que la de la luna llena, y, sin embargo, el ojo permite distinguir los objetos alumbrados por uno y otro astro. Las variaciones de diámetro de la pupila contribuyen en una débil parte á esta preciosa facultad de adaptación del ojo; entre la dilatación y la contracción extremas del iris, la superficie del diafragma formado por esta membrana apenas varía en la

proporción de uno á ciento. En la retina, cuya sensibilidad se debilita á la luz y se exalta en la oscuridad, es donde reside en mayor parte la facultad de adaptación del ojo al alumbrado.

Gracias á esa notable aptitud, el ojo es precisamente lo contrario de un buen aparato fotométrico: para él pasan desapercibidas enormes variaciones de alumbrado, y esto es lo que nos permite ocuparnos de nuestros quehaceres apesar de las inconcebibles variaciones del alumbrado diurno.

No hay que pedir, sin embargo, á nuestros órganos el máximo de adaptación de que son susceptibles; así es que la lectura de un libro alumbrado directamente por los rayos del sol produce el efecto, si no de destruir la vista, al menos de violentar el alcance de la adaptación, hasta el punto de inutilizarnos por más ó menos tiempo para ver claro en una semi-oscuridad.

El profesor Aubert ha hecho precisas investigaciones respecto á las variaciones de la adaptación. Limitémonos á citar un párrafo de Teófilo Gautier acerca de las casas de Madrid:

«Las persianas ó cortinas, dice, están siempre echadas, y las maderas de los balcones á medio cerrar; de modo que en las habitaciones sólo hay una escasísima luz, á la que es preciso acostumbrarse para poder distinguir los objetos, especialmente cuando se viene de fuera. Los que están en ellas ven perfectamente, pero los que entran se quedan ciegos durante ocho ó diez minutos, sobre todo si alguna de las piezas precedentes está alumbrada. Dicese que hábiles matemáticos han hecho, sobre tal combinación de óptica, cálculos de los que resulta una perfecta seguridad para un *tete-á-tete* íntimo en un aposento dispuesto de este modo.»

A la inversa, la estancia prolongada en la oscuridad puede exaltar la sensibilidad de la retina hasta el punto de hacer difícil una vuelta repentina á la luz.

Como consecuencias de lo que precede, en los talleres, en las escuelas, en todas partes donde cada individuo tiene un lugar marcado, se debe evitar el acceso de la luz directa del sol, así como en los dormitorios no debe-

mos velar excesivamente la claridad, para evitar un brusco pase á la plena claridad del día.

La noción del mecanismo por medio del cual se verifica la adaptación nos conduce también á inundar de luz las salas destinadas á recibir muchos trabajadores, una parte de las cuales tiene que estar necesariamente separada de las ventanas, y nos explica por qué la insuficiencia del alumbrado es sobre todo perjudicial á los niños.

En efecto, con un buen alumbrado equivalente á muchos miles de bujías á un metro de distancia, no se hace uso para leer más que de una pequeña fracción de la córnea; la contracción de la pupila da por resultado el disminuir en una enorme proporción el diámetro de los círculos de difusión que pueden producir sobre la retina los diferentes defectos ópticos de que hemos hablado en otro artículo. En estas condiciones, un ojo mal conformado presta servicios muy suficientes y se fatiga poco. El alumbrado puede variar en límites extremadamente extensos sin que se pierda el beneficio de la claridad que proporciona la contracción extrema de la pupila. Pero cuando declina el día, la escena cambia; desde el momento en que la imagen retiniana no es bastante luminosa para permitir una visión clara, se dilata la pupila, y la desigualdad entre ojos diferentes se hace cada vez más manifiesta. Para ojos cuya construcción óptica no deja nada que desear, la disminución del alumbrado pasa casi desapercibida, porque está compensada con el aumento de superficie útil de la córnea. Por el contrario, los ojos menos perfectos que ya no pueden funcionar convenientemente, los hipermetropos, según el grado de la afección, tienen necesidad de hacer esfuerzos fatigosos de acomodación, llegando á ser míopes por consecuencia de tales esfuerzos. Los que ya son míopes ven aumentar rápidamente la inseguridad, por poco que se obstinen en leer, apesar de la insuficiencia del alumbrado.

Para los adultos, los inconvenientes de un alumbrado escaso son mucho menos graves que para los niños, por muchas razones. En primer lugar, su pupila es menos dilatada, lo que les obliga más rápidamente á abstenerse de todo trabajo cuando no hay bastante claridad; después, hacen con más frecuencia uso de cristales correctores más ó menos exactos; además, rara vez están cercados como los escolares y obligados á

continuar un trabajo cuando el alumbrado es demasiado defectuoso; en fin, las cubiertas del ojo son mucho menos extensibles, y si han escapado á la miopía en su infancia, no obstante las deplorables condiciones de higiene en que se coloca á los ojos de los escolares, tienen serias probabilidades de quedar indemnes.

Como se ve, el principal motivo de la preocupación sobre el alumbrado diurno es el que afecta á la construcción de las escuelas. Importa formular reglas que puedan guiar á los arquitectos y á las municipalidades en la confección de los planos.

Los higienistas de un país vecino han dictado reglas, estableciendo relación entre el número de los alumnos y la extensión que conviene dar á la vidriera, como si la luz que penetra en la sala se dividiera entre los niños; un poco de reflexión basta para demostrar que el mismo cuadro de vidrio deja llegar, siguiendo muchas direcciones, la luz á un gran número de alumnos; no hay ninguna proporción que establecer entre las dimensiones de los vanos y el número de los escolares.

El problema es más sencillo; lo necesario es que el punto más oscuro de la clase sea suficientemente claro, y esta condición se llenará si cada pupitre recibe en bastante grado la luz directa del cielo. Importa que los rayos procedentes de la bóveda luminosa lleguen en abundancia al lugar menos favorecido de toda la clase.

Pero si es bueno que la luz del cielo penetre extensamente en la sala, no diremos otro tanto de la directa del sol, que es demasiado viva y que conviene evitar.

Si esta disposición no presentara otros inconvenientes, sería fácil obtener un alumbrado por la luz difusa no abriendo ventanas más que al Norte; con tal alumbrado se pondrían los bancos perpendicularmente al muro de las vidrieras; los discípulos recibirían la luz de alto á bajo y de izquierda á derecha, lo cual es más conveniente para escribir, y el resultado sería bastante satisfactorio si la extensión de la clase no excedía mucho de la altura de las ventanas. Con las alturas generalmente adoptadas, se ve que el alumbrado unilateral no tiene gran inconveniente para una clase cuya anchura no exceda de cuatro metros. Para salas mayores, es preciso abrir nuevas vidrieras, con preferencia en la pared opuesta, y, en rigor, detrás de los discípulos. En todo caso conviene evitar

dar luz por frente de los escolares, regla que no observan bien los arquitectos, pero que es de innegable utilidad.

Las estadísticas, de acuerdo con la teoría, demuestran que el alumbrado bilateral no ofrece inconveniente alguno para la conservación de la vista. En ninguna parte hay menos miopes que en una buena escuela libre, en la que hemos examinado á todos los alumnos y donde las clases reciben ampliamente la luz por dos lados; y ninguna escuela produce más tristes resultados que las nuevas construcciones de Zittau, donde las clases no reciben luz más que por un lado, obedeciendo á ciertas ideas teóricas.

Desde el momento en que el alumbrado es bilateral hay que renunciar á la orientación que hemos supuesto, que conduciría á buscar luz por el Sur, lo cual es intolerable por el brillo extremado del sol en el centro del día. Preciso es, pues, que el eje de la clase se dirija de Norte á Sur, atemperando por medio de cortinas transparentes el resplandor del sol de la mañana y de la tarde. Este sistema ofrece además la ventaja de alumbrar mejor por la mañana, y por la tarde, durante los cortos días de Invierno.

En esta orientación de la clase admitimos cierta latitud, pero recomendando la inclinación del eje más bien hacia el Noreste que hacia el Noroeste, por razones de higiene general, de manera que se reciba el sol durante más tiempo por la mañana que por la tarde. En cuanto sea posible, el maestro dará frente al Mediodía, para que en los días cortos los discípulos reciban la luz más bien por detrás que por delante.

En el Norte de Francia admitimos la apertura en la parte alta de la pared Sur de una luz que se pueda graduar por una cortina cuando dé el sol, y que en los tiempos oscuros preste grandes servicios.

Al fijar las reglas á que debe satisfacer la construcción de la escuela para que su alumbrado sea suficiente, no hemos llenado nuestra misión, porque es preciso tener en cuenta los obstáculos exteriores que pueden dejar oscura la escuela mejor construida; aludimos á las construcciones vecinas. Es absolutamente indispensable asegurar, no sólo por el pronto, sino también para el porvenir, la libre entrada de la luz en las clases, y para llegar á este resultado basta querer, porque el gasto se reduce á la adquisición de un terreno bastante grande para aislar convenientemente la escuela; gasto insignifican-

te, porque el terreno es de poco valor en los distritos rurales.

Admitamos que la extensión de la parte de clase alumbrada por vidrieras de un lado sea igual á la distancia del alto de las ventanas al suelo; el alumno mal colocado no recibirá luz más que por la mitad superior de las ventanas si existe una construcción vecina cuya altura es precisamente igual á la mitad de la distancia que separa el eje de la clase del pié de la vecina construcción. En cuanto á la sombra que pueden producir los árboles plantados por los vecinos, nos parece difícil establecer reglas fijas para evitar sus inconvenientes. Sería preciso llamar la atención, sobre este punto, de las autoridades locales.

M. JAVAL,
director del laboratorio de oftalmología
en la Sorbona.

(Concluirá.)

BASES CIENTÍFICAS

PARA LA EDUCACION FÍSICA, INTELECTUAL
Y SENTIMENTAL DE LOS NIÑOS.

XI

CÓMO MUEREN LOS NIÑOS.

DOÑA IRENE. — ¡Hijos de mi vida! Veintidos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que... (MORATIN. «El sí de las niñas». Escena IV.)

¿Quién no ha visto algún pobre niño conducido á esas bibliotecas de la muerte, llamadas cementerios, cubierto de flores, cárdeno, amoratado, cuya pálida cabecita parece moverse al compás de la canción que entonan las niñas que rientes conducen la caja de color de rosa? ¿A quién no se le ha escapado esta frase absurda: angelitos al cielo, con la mejor buena fe y sana intención posibles, á fin de consolar una madre desventurada?

Si todas fueran ignorantes, ó por lo menos tuvieran la filosofía de la doña Irene de Moratin, bastarian á tranquilizarlas esas prácticas vulgares, amén de la esperanza, sin duda alguna fundada, de ver retoñar de nuevo las ramas de su árbol genealógico con

fecundo vigor; pero ¡ay! que muchas veces en las espinas de las rosas destinadas á marchitarse con un fruto sin sazonar, van clavadas hermosas ilusiones jamas realizadas, no bastando los cánticos, ni aún el lento gotear de los años, para que se disminuyan las eternas nubes de tristeza en el corazón de una madre.

Son muy pocos los que han medido con la mirada la inmensidad de ternura que encierra el corazón de una mujer que idolatra los hijos, ó escasean mucho las madres verdaderas en el mundo, pues de otro modo no se concibe la razón de abandonar en la más completa ignorancia á un sér por quien las sociedades tienen vida y porvenir.

Concibo que un cualquiera haya llegado y llegue á ser padre de la Patria sin más méritos que su audacia, ni más conocimientos que los elogios de cuantos medren á su costa; pero que una jóven se case con un hombre de entendimiento, y más tarde sea madre de hermosos muchachos, sin conocer los más rudimentarios preceptos que preserven sus hijos de mil peligros, francamente, no se me alcanza, máxime en una época donde se dice en todos tonos que estamos en marcha hacia la felicidad por el camino del progreso.

Hé aquí la causa de seguir hablando si quiera un momento acerca de cómo mueren los niños, con toda llaneza y sinceridad, pues cuando se trata de decir verdades hay muy pocos deseos de acudir á la guardaropía del lenguaje en busca de frases, y no hacen falta ninguna los recursos de la tramoya oratoria, cosas todas relacionadas siempre con el lujo y aparato que adornan las grandes obras, no los libros pequeños.

A cada momento enferman los niños, y sus molestias no son comprendidas, y las indicaciones de la ciencia no son escuchadas. ¿Por qué? Sólo y exclusivamente por la falta de instrucción, por la sobra de preocupaciones. Perecen todos los días, á cientos, seres inocentes; lloran las madres, cantan las niñas, piensan en el limbo las abuelas, y dicen muy serios algunos llamados pensadores:

«¡Báhl! Si no murieran esos niños, la tierra no podría sustentar á esta humanidad tan pícaro como fecunda.

»Desengañémonos, cuando ellos se mueren, por algo será».

Y hablan despues de leyes naturales y de estadísticas y de cálculos...

Esto hace enmudecer á muchos que no resisten el peso abrumador de una sabiduría

tan seca y egoísta como paradójica y absurda, conforme á la cual, sería preciso ver en el famoso Herodes un gran bienhechor de esta moderna gente pecadora, que aún cuando sabe por experiencia que los niños no traen pan, sino que estimulan á trabajar para alcanzarlo, no pierde la costumbre de ver llenas las cunas; admira las flores, ama á sus semejantes, no piensa en la necesidad de las guerras, no se esmera en hacer estadísticas que enloquezcan su cerebro, sino en acumular buenas obras que engrandezcan su corazón.

Probablemente no saldrían muy bien parados de Francia los citados individuos, pues ese gran pueblo medita muy en serio acerca del problema de mortalidad de los niños, y hasta han pensado algunos en imponer gabelas á los solteros recalcitrantes, á quienes importa muy poco el *repoblar* ó no su patria.

Sea lo que fuere, no olvidemos que mueren muchos niños por faltas imperdonables de todos. Creen bastantes personas de entendimiento que los niños no expresan sus padecimientos, y aseguran con entera formalidad que el médico dedicado al estudio de las enfermedades de la infancia ejerce una *veterinaria* física, suponiendo—¡oh efectos del humano orgullo!—que no pueden conocerse los signos especiales que caracterizan diferentes sufrimientos en la fisonomía del niño, porque ellos confunden lastimosamente la mueca que precede á una convulsión con la sonrisa de costumbre. Digan eso á una nodriza experta y verán la respuesta que obtienen. Es verdad que dicho conocimiento se adquiere despues de una detenida observación y de un estudio profundo, pero no es ménos cierto que se adivinan mil dramas patológicos que sólo así se pueden remediar prontamente.

En ningún caso hay que desplegar tanta actividad como al ver en peligro la vida de un niño, abandonando, como dice el gran práctico West, esa *nimia diligentia* á que conducen las instigaciones de tantas gentes pácatas é ignorantes que rodean la cuna.

¿Hay algo más digno de admirar que la voz de alarma que da la madre inteligente y cuidadosa al oír el golpe de tos de su niño, ó al advertir con sobresalto una imperceptible contractura que viene á ser como lejano relampaguear, precursor de terribles trastornos?

Pero, por desgracia, ¡cuántas veces es tardía la llegada del médico por falta de cuidado!

Ya hemos trazado en unos cuantos rasgos la muerte de un niño por inanición, á consecuencia de una lactancia nociva. Ninguno de los detalles apuntados son inexctos, todos proceden de la realidad. Sin embargo, muchísimo se podría escribir acerca de la alimentación excesiva que se da á los niños, originando así muchísimos trastornos. El mismo vulgo ya lo comprende. Todos los días se oye preguntar:—¿De qué murió su niño?—Pues... nada... de un *asiento*. Hé aquí una frase que bien puede decirse que la tenemos sentada en la boca del estómago. De *asiento*, ó más claro, de una indigestión espantosa que supone completa anarquía de alimentos propinados autocráticamente. ¿Cabe mayor absurdo?

Aún hay más; la moda, no contenta con esclavizar los grandes, desnuda á los pequeños de un modo antihigiénico y brutal. ¿Quién no ha visto muchas pobres criaturas tiritar de frío, con los brazos, las piernecitas y hasta el pecho al aire, remolcadas por niñeras ó mamás muy orondas y satisfechas de su obra?

Y no contamos con los horribles descuidos y la punible confianza de los padres, causa de males irremediables.

Unas veces se ve un infeliz niño muerto por un accidente debido á distracción de la encargada de su vigilancia; otras hay que lamentar dislocaciones, golpes y toda clase de contingencias producidas voluntaria ó impensadamente.

Recordamos, á este propósito, un joven de muy buena familia, el cual yace en una desconsoladora imbecilidad á consecuencia de una terrible caída que sufrió en sus primeros años.

No pensemos en las costumbres que adquieren entre los sirvientes, quienes, aun cuando sean buenos criados, carecen las más veces de buena crianza. Ya lo hemos dicho antes y lo repetimos ahora: el niño no debe despreciar, pero tampoco ha de familiarizarse con las gentes ordinarias, enseñándole á conocer la diferencia que existe entre la buena y la mala educación.

Volviendo al objeto de este capítulo, conviene recordar que el crecimiento no es simultáneo é igual en todos los órganos, lo cual explica en cierto modo la facilidad con que los niños contraen diferentes enfermedades en los varios períodos del crecimiento.

Las funciones todas se ejercen de un modo más completo á medida que crece el niño,

debiendo fijarse la atención respectivamente en los aparatos, empezando, en primer lugar, por los que se hallan al servicio de la vida de nutrición.

El aparato digestivo merece una atención detenida, como es sabido, pues la *dispepsia*, ó sea el proteo de las enfermedades del estómago, es muy frecuente. Los dramas intestinales de todo género, que dejan huellas indelebles en los pañales, y adelgazan al niño, dependen de los alimentos. Lo mismo puede decirse de esa *novela de la medicina infantil*, como llama Roger á las lombrices, quienes, según el vulgo, son culpables de muchos trastornos de que no son inocentes los helmintos, y sobre todo los oxiuros y ascárides lumbricoides que se desarrollan cuando empieza de lleno la alimentación ordinaria. La leche no engendra lombrices, como equivocadamente creen muchos doctores *in absentia*. Es preciso defender el *maná infantil* de esta injusta acusación, á despecho de los senos flácidos y de las nodrizas egoistas.

Perdónenme la franqueza, pero es opinión bien fundada la que sostengo. Los prácticos más severos indican la alimentación mal reglamentada, acuosa, y compuesta casi exclusivamente de féculas, frutas, etc., como la causa de tamaña incomodidad.

Ya hemos enumerado en otro lugar las principales afecciones de la boca y de las restantes partes del aparato digestivo que pueden presentarse; baste añadir que nunca será excesiva toda precaución encaminada á corregir las lesiones de diverso género que pueden tener su asiento en órganos tan importantes. La higiene es el arma más poderosa que tiene en su auxilio la madre.

Muchas enfermedades se achacan á la dentición, y antiguamente habia la costumbre de incindir las encías del niño cuyos dientes no *rompian* fácilmente aquella su carnosa envoltura. Los modernos estudios acerca de la dentición indican que no existe la supuesta dificultad material, y, por lo tanto, lo inútil de dicha práctica, que, como otras muchas que en gracia á la brevedad no citamos, constituyen el patrimonio de preocupaciones heredadas de madres á hijos desde tiempo inmemorial.

No debe pasar desapercibido el rostro especialísimo que presenta el niño afecto de una molestia gástrica, y sobre todo acudir á tiempo con evacuantes suaves de los que tienen un lugar preferente en el botiquin doméstico.

Las enfermedades del aparato respiratorio, por su frecuencia y por su gravedad, preocupan con justicia á cuantos tratan los niños; por eso rechazamos la mala costumbre de llevarlos casi desnudos por las calles y los paseos. Muchas veces estos sitios no reúnen buenas condiciones, siendo además perjudicial para el niño la permanencia en ellos á ciertas horas. Por regla general, los lugares húmedos ó bañados exageradamente por el sol no le convienen, siendo criminal tenerle durante la noche en jardines ó en salones, respirando atmósferas viciadas, y sosteniendo en actividad un sistema nervioso que no está en condiciones de resistir impresiones demasiado fuertes, sean las que fueren, á causa de la gran facilidad con que se conmueve.

Algunas madres lamentan su impremeditación y descuido al ver sus pobres niños presa de ese monstruo llamado *croup*, el mayor de todos los monstruos, como dice un observador de talento (1) al pintar admirablemente una noche de angustias infinitas como las que pasan con frecuencia muchos médicos, y describen con verdad muy pocos novelistas.

Entonces es cuando se comprende hasta qué punto la vigilancia interesa á la madre, siendo uno de los espectáculos más horriblos que pueden imaginarse contemplar la lenta agonía de un sér inteligente, tierno, delicadísimo, que habla ya, y que dice frases tan desgarradoras como la siguiente, pronunciada por una encantadora niña de tres años: «*Mamá, no me dejes ir al cielo, que voy á tener mucho frío...*»

Tenía razon la pobrecilla; no dejemos morir tantos niños por falta de cuidados y sobra de ignorancia. ¿Hay algo más horrible que la impotencia de una madre que no puede salvar á su hijo por falta de prevision?

¡Ah! Si muchas elegantes damas tuvieran tiempo suficiente para experimentar remordimientos, de igual modo que cuentan con el estrictamente necesario para asistir á los bailes y tener de vez en cuándo hijos; si los talles de avispa y los coseletes de raso no impidieran el latir del corazón de ciertas hermosas mujeres, seguramente vivirían algunos niños que, como flores nacidas de plantas exóticas, se agostaron poco tiempo después de abrirse al mundo.

Yo he visto el terrible dolor de un padre

(1) B. Perez Galdós.—«La familia de Leon Roch», tomo II.

amantísimo, pero que, desconociendo el peligro, despertó una mañana con su hija muerta ya, helada entre los brazos, experimentando espantable sensación de pesadilla real, de indescriptible desesperación ante una catástrofe tan desconsoladora como imprevista.

Se dirá acaso que todos estos hechos son repentinos, aislados y poco en armonía con lo sostenido hasta aquí. No se trata de que los padres sepan medicina, y mucho menos de que por sí y ante sí apliquen remedios; lo que sostengo es que deben y pueden comprender el peligro estando advertidos de él por una instrucción, siquiera sea superficial. Claro está que es fácil confunda un oído poco experto la tos sibilante y especialísima del *croup* con la propia de una inflamación cualquiera de la laringe; pero ¡ay del niño á quien no se cuide en uno y otro caso! ¡Quién sabe las contingencias que sobrevendrán!

Las reducidas dimensiones que ha de tener este capítulo, y sobre todo la imposibilidad material de condensar en breve espacio mil indicaciones vitales, nos obligan á ser concisos y á no tocar sino superficial y desordenadamente algunos puntos culminantes. Otra cosa fuera si estos apuntes gozaran un carácter más amplio.

El sistema nervioso es objeto de graves y trascendentales trastornos que dejan huella perenne en el organismo y modifican con frecuencia la vida del pensamiento, dando lugar á esas criaturas que, sin ser imbéciles ni tampoco idiotas, presentan grandes dificultades para la comprensión de las cosas. Precisamente estos pobres seres necesitan una educación más insinuante, debiendo las personas encargadas de su enseñanza estar dotadas de paciencia verdaderamente apostólica.

Lo que provoca con fatal exactitud la muerte de los niños, es la herencia. Ya se ha visto en otro capítulo que las predisposiciones de diverso género imprimen variable susceptibilidad en los individuos. Muchísimas veces, bajo unas hermosas mejillas sonrosadas se oculta una constitución débil, un linfatisimo traidor que molestará grandemente al niño y á sus padres, dejando los numerosos infartos eterna huella en el cuello del escrofuloso, quien siempre estará enfermizo, apesar de las apariencias, si no se combatió á tiempo el mal.

No se crea, pues, ni se repita con los que gustan zaherir todo por el afán de sentar plaza de críticos severos, que los baños de

mar son empleados por moda, pues precisamente en este punto, á ser cierto lo indicado, encontraríamos reunidas por la más feliz de las casualidades la utilidad con la moda.

Que los baños de mar son útiles para los niños, y en general para cuantas personas estén molestadas por el linfatismo, es evidente. Un práctico distinguido, el Dr. Brochard (1), ha escrito un trabajo perfectamente pensado, donde cita con buena copia de datos las ventajas que reporta esta medicación en tales casos.

Respirar las saludables brisas del Océano, experimentar la acción tónica de las olas agitadas, hé aquí uno de los grandes medios de regeneración orgánica más lógicos y naturales. Déjese á los niños con los piés desnudos sobre la arena, abandóneseles á la contemplación del infinito, y ganarán mucho física é intelectualmente.

Sin embargo, conviene hacer una restricción respecto de los tísicos declarados: el mar sólo puede convenir á los predispuestos, modificando la tuberculización.

Entre las muchas causas que provocan la muerte de los niños, y no podemos citar con detalle, se hallan las erupciones de todo género, de inmensa importancia según la edad. La viruela basta por sí sola para preocuparnos, por cuya causa no nos cansaremos en repetir que la vacunación debe llevarse á cabo lo ántes posible, por personas competentes ó por centros debidamente autorizados, en donde no sea probable que con el virus vacuno se inocule otro cualquiera ménos provechoso y grandemente perjudicial.

El raquitismo, esa deformidad del cuerpo que entristece tanto á las madres, no debe combatirse con aparatos de ninguna especie, sino con remedios que rehagan la naturaleza, que modifiquen la constitución radicalmente. En una palabra, merced á una alimentación nutritiva, una medicación racional y una gimnasia bien entendida, se logrará regenerar muchos séres que de otro modo serian desgraciados toda su vida.

Desarrollar el cuerpo de un modo meditado, digna empresa; por esta razón las sociedades gimnásticas, como las orfeónicas, cumplen perfectamente con una de las necesidades fisiológicas de la naturaleza humana.

(1) «Del uso de los baños de mar en los niños». — Traducción del Dr. Ulecia.

Uno de los proverbios (1) dice que «el joven será en edad más avanzada lo que se le haya hecho ser en su infancia»; lo cual, traducido libremente por un anciano sacerdote, se reduce á esta comparación vulgar: «La primera papilla no se digiere nunca».

Tenía razón mi venerable amigo, quien, sin pensarlo quizá, dijo una gran verdad muy gráficamente. Parece, con efecto, que la alimentación imprime cierto carácter especialísimo al sér. Así, no hay más que advertir la diferencia notable que existe entre un niño acostumbrado á una alimentación sana y reparadora, y otro que sólo toma dulces, nueces y otras fruslerías nocivas apropósito para estropear su estómago. El primero corre y brinca con un trozo de pan en la mano, alegre y bullicioso, franco y expansivo; el segundo no se separa del regazo materno, anda taciturno y enclenque con los bolsillos atiborrados de caramelos, sintiéndose incapaz de emprender ningun juego estrepitoso. No hará falta que las comadres nos elogien la robustez del primero, pues bastará contemplar un momento su rostro amofletado y saludable; en cambio nos preocupará la palidez y delgadez del segundo, mucho ántes de que nos diga la madre que el niño no come nada, siendo un misterio más grave que los de Eleusis el averiguar cómo se alimenta ese verdadero espíritu de la golosina.

¿Será acaso fundándose en tales ideas por lo que es un axioma, que tiene la categoría de ley, el acostumbrar á los niños á que coman de todo desde el primer momento, considerándose muy felices los padres que esto consiguen? ¡Quién sabe!

Me duele entrar con mis lectores en una alcoba y presentarles el triste cuadro de la agonía de un niño, reclinado sobre almohadas en la *cama grande*, ese lecho que le parecía al juguete rubito el hipódromo del sueño, cuando al despertar de una mañana fría, de un brinco se colocaba en el sitio aún caliente del padre, y se perdía entre las suaves y larguísimas sábanas y los amantes brazos de la *mamita de su vida*. Ahora no se agita desde un extremo al otro con culebreante movilidad; vuelve de vez en cuándo los ojos alternativamente hacia la derecha para ver á su papá, que muere de angustia, y hacia la izquierda, porque sabe que allí siempre están su madre y el ángel bueno; parece que dice con la mirada: «Si no estuviérais á mi

(1) Prov. XX, 6.

lado, me perderia entre mantas y pesadilla... me moriria de miedo». Y entretanto la débil lazada de la vida se va deshaciendo... deshaciendo; parece como que el agua que pide con un gesto mudo é inarticulado, sirve para disolver aquella forma naciente y bella en el infinito de la nada, sin que haya ningun bálsamo salvador para apaciguar la anarquía de la materia y encauzar las desordenadas titilaciones de la fuerza. ¡Pobre niño!

Ya no hay remedio. La misma fatalidad, idéntico desconsuelo en el palacio donde se reunen los prohombres de la ciencia, como en la buhardilla donde un oscuro obrero del saber lucha con la muerte. ¡Qué contraste tan elocuente, tan provechoso!

Es provechoso, porque en realidad nada hace pensar tanto en la vida como la muerte; ella es quien nos obliga á volver la vista atras, ella tambien nos empuja hacia adelante; y en este andar incierto caemos en ese abismo sin fondo que se llama eternidad, habiendo dividido nuestra atencion entre el porvenir y lo pasado.

En la época presente conviene mirar hacia adelante; hé aquí por qué en este caso la muerte es elocuente. Se trata del niño, del porvenir, de la prosperidad de la patria adorada, del engrandecimiento del hombre por la inteligencia y el sentimiento.

¡Quién pudiera reunir en una bandada esos cuerpecillos, á los que pinta la imaginacion con alas, quizás por la rapidez con que desaparecen de nuestro lado! Reuniendo los que perecen por impremeditacion é ignorancia, se formaria una nube tan densa, que oscureceria el sol, llevando la sombra y el dolor al corazón del hombre, que sólo mira con indiferencia la muerte de los niños, porque los ve desaparecer como las flores y las ilusiones uno á uno. ¿De qué depende esto? ¿Por qué mueren tantos niños? ¿Cómo mueren?

Estas preguntas vuelven á desarrollar ante mi vista un extenso panorama; el camino que habíamos de recorrer para hallar respuesta es penoso, y su fin no se divisa tan fácilmente. Descansemos, queridos lectores, de nuestras estériles divagaciones, pues un viaje por el país de la Práctica, no se comprende de buenas á primeras despues de haber hecho una rapidísima excursion por las capitales de provincia de la ciencia. Mientras nos preparamos á emprenderlo, meditemos un momento, mejor dicho, recapitulemos.

XII

ÁNTES DE CONCLUIR.

Recapitulacion, meditaciones, todo esto equivale á volver la cabeza y mirar á lo pasado. Ahora debiera reunir lo que he expuesto en brevisimas frases; pero tambien cúmpleme decir el motivo verdadero que me indujo á emborronar cuartillas sobre un asunto tan vasto como el que he procurado condensar en un estrecho límite.

Ante todo, ya lo indiqué al empezar, he tenido una madre tan diversa de las demas que abundan por el mundo, que me he forjado un modelo ideal, inteligente sin pedantería y sensible sin sensiblería, á cuya imagen y semejanza desearia yo fueran todas las madres, y todas las hijas respectivas; por eso aplaudo y aplaudiré con entusiasmo cuantos esfuerzos se lleven á cabo para educar la mujer para la familia, lo mismo en el salon del magnate, como en la sala del asilo; por eso soy quizá algo duro el examinar la *dote psicológica* de las señoritas de nuestros tiempos, no dejando tampoco de dar un fuerte y enérgico palmetazo á mis contemporáneos, muy sabios, muy inteligentes, muy elegantes, pero muy poco dados á pensar en el verdadero porvenir.

El roce con la fisiología ha desgastado un poco el níquel de mis ilusiones respecto del matrimonio, el cual he considerado con alguna crudeza, pero me parece que imparcialmente. He visto bastantes desventuras, y no lo digo por petulancia, nacidas de casamientos hechos *detrás de la ciencia*, enlaces que tienen tan mal resultado, ó peor quizá, que los verificados á espaldas de otras venerandas y respetadísimas instituciones. Respecto de este punto, repetiré el respetable lema: *Honni soit qui mal y pense*.

Observando que hay muchos tan convencidos de su omnisciencia que creen á pié juntillas las patrañas escritas y habladas respecto de los engendros, consideré oportuno poner de manifiesto la verdadera senda que ha de dar las bases para hacer de consejos rutinarios reglas racionales, ajustadas á principios científicos verdaderamente sólidos.

Una simple ojeada dirigida al niño dormido en la cuna, me bastó para comprender que cuantos cuidados reclama están basados en el desarrollo de sus órganos, imperfectos

aún, pero que exigen una exquisita vigilancia por parte de todos los que rodean ese hermoso nido.

Siguiendo el revoloteo y examinando el delicioso néctar que nos ha dado la vida, revise algunos puntos relacionados estrechamente con el porvenir fisiológico del recién nacido, hacia el cual nos arrastraban impulsos irresistibles.

Con este motivo penetramos en los palacios de la caridad, y debo confesar que una de las causas más poderosas que me han inducido á presentar mis toscas ideas á los que aman la infancia, fué un beso dado á un infeliz expósito de la inclusa de Valencia, asilo donde se entra con la sonrisa en los labios al contemplar la hermosura del edificio, y de donde se sale con las lágrimas en las mejillas al pensar en tantos pobrecillos desgraciados. Sobre todo, yo no puedo olvidarme de aquel hermoso niño tan profundamente dormido que no lograban despertarle ni el continuo gemir de sus compañeros, ni los besos silenciosos y apasionados que depositábamos en su frente, cuando al levantar la gasa de las cortinas veíamos la desventura humana infundida en el cuerpo de un ángel.

Estudiar un niño es oír los balbuceos de la humanidad; corregir sus impulsos es regular la marcha de las sociedades; encauzar sus instintos es formar hombres buenos que piensan y sienten. Tales propósitos nos ha sugerido el exámen de los preciosos problemas de psicología infantil tan poco conocidos como trascendentales.

Y si esto pensamos en abstracto, ¿qué aplicaciones tan inmediatas no se deducirán al introducir aquellos principios al hogar, ese santuario que ni está rodeado de la fantástica poesía descrita en las novelas por entregas, ni tiene la ridícula prosa que le atribuyen los oradores de café? Tengo la íntima satisfacción de haber cumplido con un deber de conciencia, sin exageraciones.

Las numerosas visitas por escuelas y las excursiones á Villasecas, como la mencionada, han hecho adquiriera yo la íntima convicción de que las bases de la enseñanza primaria están asentadas sólidamente, merced á los esfuerzos de hombres de corazón y de talento; por lo tanto, áun á trueque de apuntar multitud de *puerilidades*, creo se ha comprendido la tendencia de constituir la escuela en un obligado complemento de la educación familiar, preparando insensiblemente los niños á ser hombres.

TOMO XV.

Con tal motivo, he hablado del niño-hombrecito, que no se rie casi nunca, cuyo apellido es vulgar, cuya vida es independiente y nómada, ó friamente reglamentaria. ¡Cuántas veces se les ve pasar, al caer de la tarde, formados procesionalmente de dos en dos, con el uniforme de colores oscuros, correspondiente á los días de fiesta, la gorra con visera de hule y los borceguies embetunados, cruzando calles y plazas con andar menudillo y bullicioso, por esos sitios donde juegan los niños que tienen padres... y juguetes! ¡Cuántas noches pasan al pié de nuestro balcon pregonando, no el periódico nuevo, ni el billete que dará la suerte, sino la constante protesta del olvidado que ofrece la felicidad al hijo de la fortuna, á fin de ver si éste cae en la cuenta de que le habla un infeliz en toda la extension de la palabra!

¿Cuándo se convencerán los padres de que la carrera de madre de familia, como dice don Severo Catalina, es más costosa que cualquiera de las profesiones del hombre?

¿Cuándo desaparecerán las preocupaciones del ánimo del vulgo?

¿Cuándo adivinarán los gobiernos que tienen en su mano la garantía de su propia existencia, toda vez que los maestros son quienes inspiran á la niñez las primeras nociones de la vida y el respeto á las instituciones?

¿Cuándo será el niño tan feliz como los perros falderos, y la educación tan estudiada como la tauromaquia?

¿Llegará día en que se eduque física, intelectual y sentimentalmente al niño, con arreglo á bases científicas?

Esperemos que sí: la esperanza es la dulce compañera de los desgraciados; no la abandonemos nosotros jamas.

En los momentos presentes se llevan á cabo grandes empresas; ¿por qué no se planteará la que tanto nos interesa ver realizada?

Lo ha dicho un hombre de Estado, con motivo de una explosion universal de sentimiento (1): «Se puede tener un suelo fértil, minas inagotables, puertos vastos y seguros, primeras materias abundantes, y vegetar en medio de estas riquezas naturales faltos de energía y capacidad.

»Hacer hombres, fundar escuelas: hé aquí

(1) Julio Simon.—La Escuela.—En el «Paris-Murcia», periódico escrito á beneficio de los inundados de las provincias de Levante.

la condicion primera y más indispensable de nuestra fortuna...

»... El pueblo que tiene las escuelas mejores es el primer pueblo; si no lo es hoy, lo será mañana.»

La caridad nos ha traído, con su aletear de querube, estas palabras llenas de verdad, que parecen escritas para España, con las cuales termino por mi parte estas breves consideraciones, encaminadas también á ejercer un sagrado deber, estimulando con la voz del corazón á una obra tan caritativa como patriótica.

MANUEL TOLOSA LATOUR.

LA ESCLAVITUD

Los debates que en la Cámara suscita hoy la cuestion de la abolicion, y el interes que tan importante problema tiene para el País, nos mueve á hacer una ligera reseña acerca del origen de la esclavitud, señalando, siquiera sea á grandes rasgos, las tristes huellas que en la historia de los pueblos ha dejado impresas tan desventurada institucion.

El rompimiento que allá en tiempos remotos debió de verificarse entre sanscritos y zendas envió á las tierras indianas una avalancha de arianos emigrados, que trató de arrojar á los indigenas de su mismo suelo, consiguiéndolo despues de cruda guerra.

Al comenzar la emigracion no existia aún la odiosa institucion de las castas, pues que entre los arianos que quedaron en la Bactrania y los que emigraron á la India, se encuentran las mismas condiciones sociales, sin que entre los primeros se vea separacion alguna social: de aquí que debió surgir en el intermedio de su separacion á la posesion de la India. La escision entre arianos provino de la diferencia de dogmas; y la religion, posesionándose de la direccion politica de los pueblos, sentó como dogma indiscutible la separacion de los hombres en castas. Los brahmanes, sacerdotes de los emigrados, imperando sobre el elemento guerrero, se concedieron el derecho de dictar leyes, y tan á su placer, que se colocaron en primer lugar halagando la vanidad de los chatrias con el segundo, á fin de manejarles y evitar una sublevacion: los labradores y artesanos constituyeron la de los vaiysias, y una parte de

los vencidos, que fué admitida á sociedad, la última y más vil de todas ellas: la de los sudras.

Nada hay que pueda compararse al estado en que éstos se encontraban: obligados quedaban desde su nacimiento á servir á las castas superiores, sin merecer de ellas otra cosa que el más constante desprecio; su contacto manchaba al señor, y el lazo que formara éste con el sudra tenia algo de infame.

Todas las leyes indias se conjuraban para aumentar la separacion de castas y para despojar al sudra hasta de la dignidad humana; y no podian reclamar contra la ambicion de aquellos que, superiores en talento, los colocaban en tan desagradable estado, porque haciendo venir la division del mismo Autor del universo, é introducida como dogma religioso, la queja hubiera supuesto un horrible pecado para la conciencia del ignorante sudra.

Los vencidos que no fueron admitidos entre las castas, ni aún merecieron el calificativo de seres humanos. Consideróseles, no como á los sudras, despues del elefante y el caballo, sino como á la más inmunda entre las criaturas: quedaron excluidos de la sociedad civil, teniendo que vivir fuera de las poblaciones y sobre los árboles, por estarles prohibida la construccion de chozas y cabañas. Aun hoy mismo se encuentran restos de tan degradada familia en los bosques malabares.

Hé aquí el primer cuadro de la historia en que se destaca la más horrible esclavitud. No es menester pensar mucho para considerarle resultado de la guerra y de la imposicion del más fuerte sobre el más débil: de la orgullosa inteligencia de algunos que domina á la mayoría ignorante.

Que la institucion de las castas encontró obstáculos que vencer, lo prueban las largas guerras que los brahmanes tuvieron que sostener con los chatrias, apesar de toda la orgullosa supremacia que aquéllos afectan en sus libros sagrados; y acaso no hubiera sido suya la victoria si algunos reyes, que veian en los chatrias una aristocracia feudal capaz de comprometer su poder, no se les hubieran aliado.

Pero siendo, como es, la igualdad un sentimiento innato é indestructible en la naturaleza humana, la doctrina brahamánica no podia oponerse á su presentacion entre los hombres. Así lo reconoció al prometer para vida ulterior el renacimiento en una casta

superior, al que por sus virtudes se hiciera digno de merecerlo.

Su promesa, sin embargo, era muy limitada: en el mundo actual la desigualdad se hacía inmutable, y sólo con la muerte podía desaparecer. Necesitábase, para deshacerla en parte, que la idea de una moral más pura renaciera entre los hombres.

Observando Kápila las relajadas costumbres é ignorancia de muchos brahmanes, negó la autoridad de los Vedas y aseguró que la ciencia era el medio más eficaz para alcanzar la perfección aunque se desconociesen los libros sagrados. Estos gérmenes llegaron bien pronto á constituir una religión. Un chatria de noble estirpe, abandonando el regalo de su palacio, inauguró el poderoso medio de la propaganda, predicando la sublime idea de la igualdad. Es verdad que esta igualdad no salía de la esfera religiosa; pero admitiendo en su seno hasta el más inferior de los hombres, había roto una de las barreras que les separaban: el sudra estaba al igual del brahman, y esta igualdad en el orden religioso podría ser la precursora de la igualdad en el orden civil.

Bien pronto los brahmanes, que veían en estas ideas la palanca que removería su poder, declararon guerra al budhismo, y tan encarnizadamente fué perseguido, que tuvo que refugiarse en la China y la Tartaria, donde ya contaba con prosélitos. Volvió, pues, á quedar la India, por la soberbia de sus sacerdotes, sometida á la institución de la desigualdad, sin que hasta el día se hayan introducido en ella modificaciones de importancia.

Algunos han querido suponer, entre ellos Filostrato, que los vencidos indígenas arrojados del país como impuros, emigraron á Etiopía, de donde pasaron como conquistadores á Egipto. Si para esto se fundan en la semejanza de algunas costumbres egipcias con las de los indios, también se podría creer que la que tenían con las de los caldeos les daba algún parentesco con este pueblo; parentesco superior acaso que el concedido á la India.

Mas ya se atribuya el origen de Egipto á la India, ya proceda de la Caldea, ó bien, atendiendo á la antigüedad de sus monumentos, que se remonta á la invasión de la India por los aryanos, se le considere como nación autóctona, es lo cierto que ni aún en sus más antiguas tradiciones encontramos vestigios

de una esclavitud que llegase, ni con mucho, á la que sufría el infeliz sudra. Verdad que entre los egipcios había seres degradados, objeto del mayor desprecio, como sucedía con los guardianes de cerdos, que no les era permitido entrar en los templos; pero este aborrecimiento debía su origen no sólo al bajo empleo á que se dedicaban, sino más bien á las insolentes profanaciones que estos feroces nómadas cometían en suelo sagrado del Egipto.

No perdían, sin embargo, la dignidad humana ni el derecho á salir de aquel estado por el matrimonio ó cualquier otro camino, porque, al contrario de lo que sucedía en la India, en que las castas se creían obra del Creador, en Egipto la división de los hombres dependía de circunstancias locales, según las diversas ocupaciones que exigía la naturaleza del suelo en que nacieron, y esta división podía desaparecer. La prohibición de abandonar la profesión de los padres, tendía únicamente á elevar las artes á una gran perfección, cultivándolas con la experiencia de los antepasados. La igualdad religiosa que profesaban, pidiendo siempre en sus oraciones el bien de todos los egipcios, y el hecho sólo de dar tierras á los extranjeros, admitiéndolos entre ellos, justificaban sobradamente la idea que instintivamente tenían de la unidad humana.

Pero si no admitían, pues, otra división de castas que las ya expresadas, y entre las que no aparece el esclavo; si según sus creencias sobre la metempsicosis, consideraban unos á todos los hombres, ¿quiénes eran aquellos esclavos, de cuyo trato debía librarse á los reyes en su educación? ¿Cuáles los que, cumpliendo con su deber en esta vida, eran momificados, «bañado su cuerpo de *stix* lustral, envuelto en vendas de grosero lienzo y encerrados en pobre saco de estera de pita?» ¿Para quién fué hecha la primera ley de igualdad que se conoce en la antigüedad, imponiendo la pena capital al asesino de un esclavo?

El espíritu de conquista que reinaba entre los pueblos de aquella época dejóse sentir también entre los egipcios, que, de suyo retraídos, acaso no hubieran salido del aislamiento en que se encerraban, y se hubiera perdido para el género humano su civilización, si pueblos nómadas no penetraran en el territorio asolando cuanto se presentaba á su paso, degollando á los habitantes de las ciudades conquistadas y vendiendo ó distri-

buyendo entre los soldados á los que creían perdonar.

Estos reyes nómadas, que por espacio de seiscientos años dominaron el Egipto, despertaron en los naturales los instintos de ferocidad que más tarde habían de llevarles á inmolar los prisioneros en los altares de sus dioses: la voz de la humanidad fué ahogada por la idea de la expiación que tan arraigada estaba en religiones como la de Egipto, dominada por sus sacerdotes, y los vencidos, que generalmente eran los pueblos tributarios, estaban considerados no tan sólo como criminales, por el hecho de insurreccionarse, sino como impíos y sacrílegos, pues que, considerados los reyes como la imágen de Dios, la sublevación contra éstos era rebelarse contra Dios.

Las grandes conquistas de Sesostris no sirvieron más que para aumentar el número de esclavos; y el orgullo de este «rey de los reyes y señor de los señores», como se hacía llamar, llegó hasta el extremo de uncir á su triunfal carro á los jefes de las naciones vencidas, y hacer grabar en los monumentos que á los dioses en gratitud erigiera, que habían sido trabajados únicamente por cautivos, sin costar fatigas á sus vasallos. Desde su reinado, hasta la trágica muerte de Cleópatra, y sufriendo el yugo de etíopes, asirios, persas y griegos, sintieron, mezclados con los beneficios de los Micerenos, Psaméticos, Necaos y Ptolomeos los más crueles tormentos de una odiosa esclavitud. La hija de uno de sus reyes fué ocupada como esclava en los trabajos más serviles, y conducido el hijo al sacrificio con freno en la boca y cabestro al cuello.

Había además otra clase de esclavos que, cualquiera que fuese la suerte de los egipcios, nunca veían rotas las mallas de la esclavitud. Los pueblos del centro y mediodía de Africa, formados por feroces tribus, sin principio alguno de moral, faltos de todo sentimiento humano, se devoraban en continuas guerras, de las que resultaba la más repugnante antropofagia (por la creencia de que el valor del vencido podía pasar como objeto material) y la esclavitud de centenares de vencidos, que los jefes vendían como si fueran cabezas de ganados á los mercaderes que tocaban en sus costas.

El Egipto no era un pueblo mercantil, pero era un gran centro de comercio por su posición respecto al Asia y Europa; era el punto de escala de los mercaderes que recorrían

las costas orientales de Africa, y el de reunión de las caravanas que marchaban al centro. De ello recibían, á cambio de los finos tejidos, lanas y granos egipcios, el oro, ébano y los esclavos cazados como fieras por sus vecinos los berberiscos, ó hechos prisioneros por otras tribus.

A más de éstos había los que, procedentes del Cáucaso y de los países del Asia occidental, revendían los fenicios en las plazas marítimas. Conociendo estos avaros mercaderes el lucro de semejante comercio, se procuraban millares de esclavos, secuestrando á los hombres unas veces por la astucia, otras por la fuerza, asalariando bandoleros para que les proporcionasen jóvenes de ambos sexos, y generalmente comprando los prisioneros de guerra, que en ocasiones se hacía tan grande su número, que podían adquirir esclavos á setenta y cinco céntimos, y aún por una copa de vino. Vendíanlos después muy caros, aprovechando las circunstancias ventajosas que algunos reunían. Dejábanse pagar por los esclavos sirios, tan codiciados entre los griegos y los romanos como domésticos obsequiosos y discretos; por las hermosas israelitas y bellas griegas que proveían los harenes del Oriente.

Este vergonzoso tráfico de los inhumanos tirios, hizo que se consideraran aquéllos como objetos de lujo ó de primera necesidad, y preciso fué, para ponerlos á salvo de la crueldad de los dueños, decretar la *benéfica ley*, que si bien no los eximía de la esclavitud, los elevaba al rango de seres humanos; rango que no tuvieron entre sus salvajes vecinos, y lo que es más extraño, ni para con los codiciosos traficantes que los transportaban. Esta ley, superior á la que pudiera esperarse de un pueblo imbuido aún en las ideas dominantes entre los demás respecto á los extranjeros, fué una verdadera victoria que la unidad humana alcanzó en su carrera, y una gloria para los egipcios que la iniciaron.

También cupo esta gloria á los atenienses, que más amantes aún de la vida real que los egipcios y que la espiritualista India, creyeron que la igualdad de los hombres debía existir en este mundo.

La esclavitud en el pueblo griego debió su origen á las desastrosas guerras que desde los tiempos heroicos sostuvo, y más al desmesurado orgullo de sus ciudadanos.

Ninguna de las colonias egipcias que llevaron la civilización á la Grecia, implantó la institución de las castas ni la encontraron

en su pueblo, cuyas selváticas costumbres no inspiraban más ambición que la de poseer las frutas, yerbas y raíces que formaban su alimento. A medida que Cécrope y Danao, de cuyas colonias no podemos dudar, adelantaban en su obra civilizadora, se pronunciaban entre los habitantes de Atica, no ya las castas como algunos han querido suponer, sino las cuatro distintas clases que constituirían más tarde la nación. El orgullo de los que por cualquier medio superaban á sus vecinos, dejóse sentir, y bien pronto el derecho del más fuerte fué la ley que rigió sus destinos. Los débiles tuvieron que huir á las comarcas más estériles, y aún allí no se veían libres de los fieros conquistadores, que arrastrados por la pasión sacrificaban á sus prisioneros, no salvando la vida más que las mujeres y los niños, que quedaban sujetos á la esclavitud. Reconociendo más tarde el vencedor un interés en conservar la vida del vencido, los combates tomaron el carácter de luchas ambiciosas, en las que jugaba el lucro del botín, y pueblos enteros fueron esparcidos como esclavos por las ciudades del archipiélago.

Estas incesantes luchas habían creado en la Grecia multitud de tribus guerreras, verdaderas pequeñas monarquías. Las del Norte, continuando su espíritu invasor, se entraron por las tierras del Mediodía, expulsando á una parte de la población, que tal vez llevó el principio civilizador á otros países. Los que quedaron en su suelo fueron obligados á cultivar los campos, ya como tributarios, ya como siervos de los vencedores.

Desde este momento, los habitantes del Atica se dividen en clases que no se diferencian de las castas de la India sino en la libertad personal que gozan aún siendo esclavos. En la primera entraban los ciudadanos, los dorios vencedores, que sin más derecho que el de la fuerza bruta se constituyen en gobierno, deliberan sobre los negocios públicos, combaten por la patria, y se nombran á sí mismos jueces y sacerdotes. Llevados de su aristocrático orgullo, se creen libres por naturaleza, y mirando como innobles los trabajos manuales, se abandonan á una vida de holganza, única señal de libertad á sus ojos. Formaban la segunda los desgraciados habitantes de los burgos de Laconia, los desdichados aqueos con el nombre de periecos ó lacedemonios, los vencidos privilegiados, y el de siervos el resto de la población. Los primeros cultivaban la campiña, pagando un

tributo al vencedor constituido en ciudadano; asistían á las guerras que los espartanos mantenían con otros pueblos, se ocupaban en la marina y en la industria; pero llegó á ser su estado tan vil, apesar de las pretendidas ventajas que tenían sobre los ilotas, que se asociaron muchas veces á éstos para sacudir el pesado yugo que les oprimía. Estas tentativas sirvieron sólo para aumentar el odio de los señores y agravar su suerte, y no hubieran logrado tan pronto la emancipación si el pueblo romano no les hubiera ayudado.

Todavía era más dura la suerte de los siervos, llamados *penestes* entre los tesalios, *mnoitas* por los de Creta, *gymnetas* entre los argivos, é ilotas en Esparta. Colocados entre los esclavos y los hombres libres, sentían todas las desgracias de aquéllos sin ventaja alguna; eran propiedad del Estado que podía cederlos á los ciudadanos, mas nunca venderlos fuera de Laconia; podían arrendar las tierras de los espartanos, dedicarse á las artes mecánicas y servir en la marina y en el ejército, sólo como marineros y esclavos del soldado: raras veces se les concedía la libertad cuando se distinguían por sus bellas acciones en los eminentes peligros, y aún así ésta era muy incompleta. Para recordarles su miserable estado, empleaban el trato más riguroso, acompañando en ocasiones decretos de muerte por la más simple sospecha. Cuando su excesivo número podía hacerlos temibles á la república, se los mataba ocultamente, desapareciendo en una época hasta dos mil que habían mostrado mucho valor. El nombramiento de nuevos Eforos se señalaba por el fatal edicto que facultaba á todo espartano para matar cuantos ilotas atrajese al lazo de una emboscada. La cruel organización de la *Crypcia*, lejos de ser un ejercicio para familiarizar á la juventud espartana con el dolor, vino á ser una implícita ley de degüello contra los indefensos ilotas, y una provocación á los sanguinarios instintos de los jóvenes, que armados de puñales recorrían descalzos durante el invierno las campiñas, y asesinaban sin piedad á cuantos topaban.

Esta execrable conducta por parte de los amos, creó un odio furioso é implacable en el corazón de estos esclavos, quienes aprovechaban todas las desgracias de la república para salir de la opresión.

La tercera clase de habitantes constituíanla los esclavos, griegos de origen unos,

y extranjeros el resto. Los primeros eran los que después de una resistencia larga caían en manos del vencedor. Estaban puestos á la venta en las ciudades griegas, y no recobraban su libertad hasta haber pagado su rescate (1).

La costumbre de los rescates disminuyó tanto el número de los esclavos griegos, que fué preciso buscarlos en los países bárbaros, teniendo como agentes de tan espantoso tráfico á los fenicios: eran sacados de entre los lidios, frigios, sirios, del Cáucaso y otros pueblos del Asia. Su comercio se hizo tan considerable, que llegó á exceder en mucho su número al de ciudadanos. Los codiciosos negociantes de carne humana los exponían amontonados en las plazas públicas, hacíanles bailar en rueda al acercarse un comprador, para que pudiera juzgar de su fuerza y agilidad, y explicaban á éste los vicios y defectos que tuvieran conocidos, sin cuyo requisito quedaba anulado el ajuste: su precio variaba entre 300 y 600 dracmas.

Servían á sus amos á las mesas, los vestían y desnudaban, ejecutaban sus órdenes y mantenían el aseo en la casa; se les empleaba en el cultivo de las tierras, en cavar las minas y trabajar las canteras; y cuando no podían dedicarlos á trabajos penosos, les hacían cultivar las artes, habiendo esclavo que en algunas manufacturas dejaba un producto de novecientos á mil reales.

Para atender á sus enfermedades, tenían un práctico especial de esclavos, como tenemos nosotros veterinarios para los animales. Se les obligaba á raparse la cabeza á navaja, cubrirse con un gorro especial, y llevar túnica que no pasara de las rodillas.

Los legisladores espartanos se preocuparon poco de la suerte de los esclavos: contentáronse con poner su vida bajo la protección de la justicia. Los atenienses llevaron más adelante su humanidad, permitiéndoles entrar en los templos, acompañar á sus señores á los santuarios, en donde se celebraban los misterios, participar del júbilo de ciertas fiestas, querellarse contra el amo cuando era cruel, y refugiarse en el templo de Teseo, pudiendo pedir entrar al servicio de un dueño menos riguroso. Ninguno podía atentar á la vida de su esclavo, ni maltratar al ajeno bajo severas penas. Si faltaban á sus obligacio-

nes, podían cargarlos de hierro, condenarlos á un trabajo penoso, prohibirlos el casamiento, y aún separarlos de sus mujeres, mas nunca herirlos, ni mucho menos matarlos.

Si eran inteligentes y se hacían agradables, disminuía el rigor de la esclavitud, podían enriquecerse economizando una parte del salario que recibían de unos y otros, vestir lujosamente y comprar su libertad.

Cuando se manumitía un esclavo, no pasaba á la clase de ciudadano, sino á la de los *domiciliados*, formada por los extranjeros libres establecidos con sus familias en Atica. Debían éstos elegir entre los ciudadanos un patron que respondiera de su conducta y recaudara el tributo anual que entregaban al Tesoro público, perdiendo todos sus bienes si faltaban al primer requisito, y la libertad si no cumplían el segundo. Cualquier patron estaba autorizado para encadenar nuevamente á todo esclavo que, habiéndole manumitido, fuese ingrato al beneficio. Si la república estaba apurada por las guerras, se hacía pasar á la clase de ciudadanos gran número de estos domiciliados; pero volvían con la misma facilidad á su primer estado pasada la tormenta.

Así continuó en Grecia la idea de la esclavitud hasta que, envuelta en guerras intestinas, cada ciudad fué admitiendo al estado libre multitud de siervos que se distinguían por su valor y saber, escalando algunos altas distinciones, como sucedió con Lisandro Gilipo y Calicrátidas, que descendían de familias ilotas.

En cuanto á Roma, la encontramos también dividida desde sus más remotas edades en tribus distintas que se hacen la guerra con una tenacidad increíble. Los patricios se oponen abiertamente al acceso de los plebeyos á la ciudad, y éstos por su parte rehúsan la asociación de sus hermanos los italianos. Cuatro siglos duran estas luchas, que terminan con la unión de ambos partidos. La unidad humana apresura su desenvolvimiento con esta fusión. Es verdad que la *nobleza*, sustituyendo al *patriciado*, despierta la diferencia de nacionalidad, tendiendo á la separación, y que la crueldad en las guerras lleva al romano á los límites de la barbarie; pero en el corazón del plebeyo y de vencido germina la idea de igualdad, y ya no pueden evitarse las sublevaciones que éstos han de promover hasta conseguirla.

En la primitiva organización de Roma, los

(1) Platon hubiera permanecido como Diógenes en la esclavitud sin la liberalidad de sus amigos, que pagaron por él 3.000 dracmas, cerca de 9.000 reales.

patricios constituyen el pueblo: se reúnen en comicios, nombran el rey y los magistrados, admiten ó rechazan las proposiciones que aquél presenta, y arreglan todos los asuntos interiores y exteriores, lo mismo en tiempo de paz que durante la guerra.

Los plebeyos, relegados al cultivo de los campos, más bien por la conquista que voluntariamente, se hallan excluidos del culto de los patricios, de las magistraturas y de toda participacion en el dominio público. No pueden contraer matrimonio con los patricios; soportan las más pesadas cargas del Estado, el servicio militar, y un impuesto sobre sus bienes; si obligados por éstos gravámenes, ó por la rapiña de la guerra, piden prestado, la ley les envía un verdugo en cada acreedor; un señor, de quien son esclavos hasta tanto que satisfagan la deuda.

Esta desigualdad no podía subsistir por mucho tiempo. Indignados ante la barbarie cometida con uno de ellos por su acreedor, se sublevan contra los tiranos patricios, retiranse al Monte Sacro, y se disponen á hacer la guerra á sus opresores.

Las negociaciones entabladas dieron por resultado la creacion de los *tribunos*, magistrados protectores de la plebe. Tras estas victorias siguieron otras de no ménos importancia. La pretension de *Cunuleyo* concluyó por sancionar los matrimonios celebrados entre ambas clases; más tarde alcanzaron poder en el consulado y en el dominio público, gracias á los esfuerzos de los tribunos C. Licinio Stolo y L. Sextio, que fundaron la igualdad de los dos órdenes: á poco, el poder judicial les fué asequible, y, por último, el sacerdocio, que habia quedado en manos de la nobleza, terminó por dar entrada á los plebeyos. Con esto, mejoró la humanidad para con los vencidos: los clientes italianos y los esclavos extranjeros salieron, aunque muy lentamente y á costa de grandes trabajos, de su triste posicion.

El origen de la clientela puede verse en el derecho de conquista, que trasplantaba á Roma poblaciones enteras. Algunos han creído reconocerla en la sumision que muchos pueblos tenían á la Ciudad Eterna para asegurarse su proteccion; argumento que pierde toda su fuerza observando la condicion del cliente, que difiere poco de la del esclavo; y no se comprende que de buen grado se sometieran á la servidumbre.

La religion contribuyó á modificar las relaciones entre clientes y señores. Fuéles per-

mitido acompañar á su señor en la guerra; ayudar á dotar á sus hijas, rescatar su libertad, y más tarde obtener un limitado derecho de ciudadanía.

Con más retraso experimentaron los beneficios de la revolucion los esclavos comprados á los piratas y prisioneros hechos en las guerras de la República. Su número llegó á ser tan crecido en el primer siglo del Imperio, que pudo obtenerse un esclavo por cuatro dracmas, y hubo romano que, despues de perder muchos en las guerras civiles, dejó más de cuatro mil de ellos. Pueblos enteros, que pertenecian á un solo hombre, «permanecian, despues del trabajo, encadenados en la campiña, en una especie de subterráneos infectos, en que apenas penetraba el aire. Entregados á merced de un amo avaro y de implacables vigilantes, se les abrumaba con trabajos ménos duros de soportar que los crueles caprichos de sus tiranos. Cuando eran viejos ó estaban enfermos, se les enviaba á una isla del Tíber á que muriesen de hambre. Algunos romanos los hacian arrojar vivos en sus estanques para alimentar las murenas».

Difícilmente se abrían paso las benéficas doctrinas de los estoicos, que refutaban la esclavitud. A las palabras de Juvenal y Dion Crysóstomo, de que el alma y el cuerpo de un esclavo habian sido amasados del mismo barro y formados de los mismos elementos que los del ciudadano, y de que la fuerza y la guerra (minas inagotables de esclavitud) no podian cambiar la naturaleza de un hombre, contestaban los hechos: los romanos trataban á los esclavos como instrumentos de provecho ó de placer; castigaban severamente sus más ligeras faltas, se deshacian de ellos cuando envejecian y los exponian á luchar con las fieras para satisfacer un capricho cruel.

Estos excesos de los dueños provocaron las terribles guerras de esclavos y gladiadores. En la Sicilia, rebaños de esclavos, que cultivaban inmensos dominios de los caballeros romanos, sometidos á rudos trabajos, faltos de alimento y de vestido, se entregaron al pillaje y al saqueo: sus dueños, lejos de cortar estos desmanes, excitaron la sublevacion con los malos tratamientos, y millares de aquéllos tomaron las armas contra los señores, venciendo á cuatro pretores; pero, reprimidas las tentativas hechas en Roma y Delos, gran mercado de esclavos, para ayudar á los de Sicilia, sucumbieron los

insurrectos al cabo de cuatro años de continuadas victorias. Nuevamente se levantaron contra las violencias inauditas de que se hicieron culpables los caballeros romanos, que, establecidos en todas las fronteras, habían organizado la trata de los blancos, arrebatando los hombres libres en plena paz las más veces de entre los aliados de Roma; pero vencidos por segunda vez, fueron inhumanamente degollados, reservándose mil de ellos para ser arrojados á las fieras del circo, que se mataron entre sí ántes que dar este entretenimiento al pueblo vencedor.

Esta manera de proceder con los esclavos se avenía mal con las ideas jurídico-filosóficas, que tanto vuelo tomaban entre los romanos. Comenzó el emperador Claudio por declarar libres los esclavos abandonados en la isla de Esculapio; se prohibió despues, por la *Ley Petronia*, que los señores entregasen sus esclavos para las luchas de fieras: Adriano quitó á los dueños el derecho de vida que tenían sobre aquéllos, y Antonino decretó castigos para los que matasen sin causa al esclavo, reformando al propio tiempo la legislación de los emancipados, que por mucho tiempo no gozaron sino el nombre de ciudadanos, no pudieron ocupar funciones honoríficas ó sacerdotales, ser admitidos en las legiones, ni mucho ménos entrar en el Senado. Como la poblacion libre disminuía gradualmente, y el número de libertos iba en aumento, llegaron éstos á invadir todos los puestos y jerarquías insensiblemente.

Al propio tiempo que esto sucedía en la señora de las naciones, no léjos de ella fermentaban dos acontecimientos que habían de dar al traste con su obra dominadora.

El último suspiro de un innovador, mártir de una idea sublime, dejóse escuchar en Roma entre las carcajadas de sus bacanales. Doce insensatos apóstoles se proponen nada ménos que remover los cimientos en que basa aquella sociedad: la esclavitud va á ser indirectamente atacada, y Roma, que cuenta en su seno diez esclavos por cada hombre libre, se alarma ante semejante revolucion; se le considera como la disolucion de la sociedad, declárase enemigos de ésta á los cristianos, y se quiere ahogar en sangre su voz, arrojando multitud de ellos en la arena de sus espaciosos circos.

Más tarde, las fronteras del Imperio se ven amenazadas por hordas guerreras que esperan el momento decisivo para atacar al coloso romano. Los sármatas por el Danubio;

los francos por el Bajo Rhin; los vándalos, los borgoñones y los alemanes por la Alta Germania, y los persas por el Oriente, tratan de apoderarse de la ciudad soberana. Alarico, Atila, Genserico y Odoacre aceleran su agonía, y el trono de los Césares es ocupado por los bárbaros. Ambos acontecimientos apresuran la marcha de la unidad humana; la conciencia que el pueblo invasor tiene del valor individual, reconociendo derechos al hombre como hombre, y el gérmen de fraternidad que envuelve el Cristianismo, preparan la abolicion.

Léjos de nosotros, sin embargo, el pensamiento de que el Cristianismo se proponía abolir la esclavitud, como suponen muchos. Jesucristo, como Budha, predicaba una doctrina que en nada variaba la condicion civil de los que la abrazaban; su igualdad no traspasaba los límites de la religion; y la libertad que prometía era una libertad interior, libertad del alma, que no disminuía la dependencia del cuerpo. Si ayudaron sus doctrinas á romper las cadenas del esclavo, fué porque estaban en armonía con los sentimientos de igualdad que nacen con el hombre; no porque con ellas se propusiera remover las instituciones existentes. Creemos, por el contrario, que el Cristianismo *hubiera podido* fortalecer la esclavitud al alejar del esclavo el pensamiento de insurreccionarse para recobrar su independencia.

Más parte tomó al endulzar, cinco siglos despues, el carácter de los mal llamados bárbaros. En medio de estos belicosos hijos de Bor, entre los que se destruía la vejez como inútil para la guerra, y el valor y el heroísmo eran llevados hasta la exageracion, existía un destello de igualdad, que se desplegó al contacto de las teorías evangélicas. Los vencidos fueron tratados más bien como colonos que como esclavos; quedaron formando parte del territorio, y pasaron con éste á ser propiedad de los condes, entre quienes se hizo el reparto. Hasta los mismos esclavos, cuyas guerras ayudaron la conquista, recobraron en parte su libertad.

Todo parecía presagiar la extincion de la esclavitud, reemplazándola con una servidumbre más llevadera; y cuando, con el canje de los prisioneros, se creía destruir una poderosa fuente de ella, un nuevo manantial brotó en las costas occidentales de Africa, al nacer por segunda vez al mundo civilizado. Los intrépidos navegantes que arribaron á sus puertos, encontraron numerosos pueblos

en perpetua guerra y tribus enteras sometidas al capricho de un vencedor, que hace productivos los despojos de la victoria vendiendo los prisioneros á los mercaderes de las caravanas. Establecieron allí sus factorías, trasformaron sus exploradoras escuadras en buques negreros, y se dedicaron con ardor á la *trata*. Los embrutecidos habitantes de Loanda, Congo y Gambia, encerrados en grandes jaulas, ó atados por el cuello con cuerdas de cuero y cargados como bestias, llegan á estas factorías, de donde se exportan para aquellos puntos en que la tierra se hace más fructifera con su sudor.

Las colonias que los sucesivos descubrimientos dan á los europeos, necesitan de un trabajo más duro y penoso que el que puede soportar la delicada naturaleza del descubridor, y más constante que el prestado por el indócil indígena; se precisan brazos africanos que los suplan. El portugués inaugura el tráfico; los logreros mercaderes ingleses inundan sus colonias de esclavos negros; los muy católicos monarcas españoles compran rebaños de ellos; en Virginia arroja un barco holandés las veinte primeras bestias humanas; Icamans lleva á Carolina sus negros, y por todas partes la tierra se remueve por brazos encadenados. Legitimase la trata por los monarcas europeos: en nombre de la Santísima Trinidad celebran numerosos tratados, y bajo la hipócrita protesta de salvarlos de la muerte y el embrutecimiento, envían á América más de cuarenta millones de *cabezas*, que van desapareciendo bajo el látigo del patron. ¡Horror causa la lectura de los Diarios de viajeros cuando mencionan hechos semejantes! No se acierta á creer cómo, naciones que pregonan la sublimidad de los dogmas evangélicos, son las que más activa parte toman en este repugnante tráfico, y las que más tenazmente se oponen á la abolición. El espíritu de lucro ahoga todo sentimiento de justicia, y las leyes hablan poco en favor del esclavo; se les considera más bien como objetos comerciales que como personas, y su propiedad se adquiere por los mismos medios que la de las cosas, incluso el de accesión; se les obliga á defender á su dueño y los intereses del mismo á costa de su vida, y todo cuanto ganan y adquieren pertenece al egoísta señor. Inútilmente clama la humanidad contra tamaña afrenta; los esfuerzos de los Comuneros, Cortes de Castilla y Cuákaros primero, y después los de Wilberforce, Fox, Clarkson y tantos otros ilustres re-

públicos, se estrellan ante la sórdida avaricia de los dueños. Jefferson tiene que suprimir, en la famosa declaración de independencia, un párrafo en que se censura el tráfico negrero, por complacer á Georgia y Carolina, que no habían interrumpido la importación de esclavos y que tenían intención de continuarla. Al cabo de treinta años de vigorosas protestas consiguen, por fin, la prohibición de la trata; pero, lejos de extinguir la servidumbre, sirve sólo para hacer más horrible la situación del *bozal* africano por las precauciones que en la travesía emplean los negreros para librarse de la visita del crucero; y este contrabando, que en el espacio de cuarenta años saca de Africa más de cinco millones de esclavos, unido á la incalificable industria de la «cria y fomento de negros» establecida en Virginia, provee por mucho tiempo el mercado.

En vista de la poca eficacia que la abolición del tráfico produjo, reanudan nuevamente la campaña Wilberforce, Burton y Canning en Inglaterra, los Estados del Norte entre los americanos, y en Francia la Convención. Los primeros lograron, en el espacio de treinta y un años, se aboliese la servidumbre; mas para ello tuvo que desembolsar Inglaterra cerca de veinte millones de libras esterlinas, y vencer contrariedades sin cuento, nacidas de la oposición hecha por los dueños y de la ignorancia de los libertos. En los Estados-Unidos la cuestión de la esclavitud dió lugar á una horrorosa guerra entre los Estados del Norte y los del Sur, consiguiendo aquéllos, después de cuatro años de lucha, la libertad de cuatro millones de personas, que constituían la población esclava.

La Convención francesa, por su parte, decretó, en Febrero de 1794, la abolición inmediata en todas sus colonias. Lavasseur y Lacroix, recordando á los representantes del pueblo los eternos principios de justicia y de igualdad que consagraban, hicieron ver la incompatibilidad de estas ideas con la existencia de la esclavitud, y la Asamblea en masa se levantó, votando por aclamación. Si tan laudables medidas no surtieron el efecto que era de desear, culpa fué de algunas Asambleas coloniales que se opusieron al desembarco de los agentes enviados para publicar el decreto de abolición, y más aún de la desmesurada ambición del entonces cónsul Bonaparte, que, no pudiendo sufrir la especie de independencia que Toussaint representaba en Santo Domingo, declaró la guerra á

esta colonia con el propósito firme de restablecer la esclavitud. La derrota de los franceses aseguró la independencia de Santo Domingo y la libertad de sus esclavos. En las demás colonias se impuso por la fuerza, y con la trata permaneció hasta el 4 de Marzo de 1848, en que el Gobierno provisional creado por la revolución derogó el bárbaro proyecto de Napoleón.

Las colonias dinamarquesas fueron las que con más facilidad establecieron la emancipación, gracias á las sabias disposiciones del gobierno de la metrópoli (1).

Cuando en 1848 la revolución francesa proclamó la abolición en sus colonias, los esclavos de las portuguesas, creyendo llegada su hora, se presentaron pacíficamente á demandarla, y, lejos de sujetarlos, como en otras partes se había hecho, el gobierno dinamarqués decretó la libertad definitiva en 3 de Junio de 1848. Resistieron los dueños al cumplimiento, y los negros se insurreccionaron; pero fueron sujetos por la milicia, ayudada de las tropas que D. Juan Prim envió desde Puerto-Rico. Este suceso produjo tan continuas disidencias entre dueños y esclavos, que el rey de Dinamarca, para evitarlas, confirmó la emancipación.

Desde esta época, todos los países que cuentan con gente esclava se apresuran á emanciparla. Portugal declara libres, primero, á todos los hijos de mujeres esclavas; y después de una serie de acertadas disposiciones, encaminadas á mejorar la infeliz clase de que se trata, concluye por dar libertad á todo el que pise dominio portugués. En Holanda se discute sobre la libre contratación entre el emancipado, individualmente considerado, y la persona con quien elija ajustarse; sobre la indemnización á los dueños del valor del esclavo, y acerca de inmigración de trabajadores libres que suplan los brazos escapados al cultivo. En los Estados federados de Colombia se declaran también libres los nacidos esclavos; se crean cajas de manumisión para la emancipación progresiva, y, después del año 1860, desaparece la esclavitud. En el Perú, los pocos negros que estaban dedicados al cultivo de la caña de azúcar son declarados libres en 1855 por el general Castilla. Ultimamente, en el Brasil, en que la carencia de brazos para hacer producir tan

gran extensión de terreno había obligado á su gobierno á permitir la clandestina introducción de esclavos africanos, y hasta la odiosa industria de la cria, han empezado á brotar medidas legislativas que hacen creer la pronta desaparición del trabajador esclavo.

Los estrechos límites de estos ligerísimos apuntes no permiten extendernos acerca de los múltiples sucesos que tuvieron por término la abolición en estas colonias, ni discutir sobre las ventajas é inconvenientes de cada una de las disposiciones encaminadas á este objeto; pero desde luego puede asegurarse que, en general, la emancipación lenta en los países en que se adoptó, produjo más graves disturbios por la natural impaciencia del esclavo, que hizo aspirar prematuramente al goce de sus derechos, que en aquellos otros en que la emancipación fué inmediata, donde sólo lastimó á desprevenidas colonias que no supieron prepararse con sabias y discretas disposiciones.

Afortunadamente, hoy no pueden temerse los perjuicios que antes produjera la inmediata abolición, porque de una parte, las máquinas, economizando gran número de brazos, permiten la deserción de los libertos de los ingenios, y de otra, el número de trabajadores supera ya en mucho al de los esclavos; y esto, unido á la consideración de que los mismos libertos, no conociendo generalmente otra ocupación, no pueden sin perjudicarse á sí mismos abandonar el trabajo, hace que la emancipación pueda verificarse sin alterar sensiblemente el valor de los productos en el mercado colonial.

Teniendo en cuenta, además, que los mismos esclavistas y plantadores deben hallarse apercibidos desde hace tiempo para el momento de la abolición, por la experiencia de que los hechos necesarios no pueden quedar sin verificarse, fácil será adivinar la oportunidad de la ocasión, que nunca como hoy se presenta tan propicia para librarnos de esos terribles dictérios con que, por culpa de algunos *inhumanos ambiciosos*, nos señalan todos los que han estudiado el estado social de Cuba.

MIGUEL DE MIGUEL Y BARRIOS.

(1) Cristian VII tuvo la honra de ser el primer soberano europeo que abolió el tráfico de negros, en Marzo de 1792.

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro quinto.

(Conclusion.)

—¡Por el cielo! exclamó. Decidnos algo más acerca de vuestra amiga; dejadnos ver á esa jóven disfrazada. Estamos ya en el secreto; ¡prometeremos, juraremos cuanto queráis, pero dejádnosla ver!

—¡Oh! ¡Qué ardor! ¡Calma, paciencia! No sabreis nada por hoy.

—¡Decidnos al ménos su apellido! exclamó Guillermo.

—¡Valiente secreto sería entonces! replicó Filina.

—Al ménos su nombre.

—Sea, si lo adivináis. Os concedo tres veces, pero no más; de otra manera me haríais recorrer todo el calendario.

—Está bien, dijo Guillermo. ¿Será Cecilia?

—No es Cecilia.

—¿Enriqueta?

—¡En manera alguna! Tened cuidado: ¡habreis de sufrir vuestra curiosidad!

Guillermo dudaba y temblaba; queria abrir su boca, pero la voz rehusaba salir.

—¡Mariana! balbuceó por fin. ¡Mariana!

—¡Bravo! ¡Habeis adivinado! exclamó Filina dando, segun su costumbre, una vuelta sobre sus talones.

Guillermo ya no podia pronunciar una palabra, y Serlo, que no notaba su emocion, continuaba instando á Filina á que abriese la puerta.

Cuál no sería su asombro cuando Guillermo, interrumpiendo de repente su porfía, se echó á los piés de Filina, suplicándola y conjurándola con las más vivas imágenes de la pasión.

—¡Dejadme ver esa mujer, exclamó, es mía, es mi Mariana! ¡Ella, por la que he suspirado todos los dias de mi vida; ella, que es siempre para mí por sobre todas las mujeres de la tierra! Id al ménos á decirla que estoy aquí; que está aquí el hombre que cifraba en ella su primer amor y la dicha toda de su juventud. Quiere justificarse de haberla abandonado tan duramente, quiere pedirle per-

don, quiere perdonarla lo que pudiera tener que reprocharla; no la elevará, si es preciso, pretension alguna; pero que pueda verla una vez más, que pueda ver que está viva y que es dichosa.

Filina meneó la cabeza y dijo:

—¡Amigo mio, hablad más bajo! No os equivoqueis, y si esa mujer es verdaderamente vuestra amiga, tengámosla consideracion, pues no se esperaba en manera alguna volveros á ver. Negocios de muy otra índole la han traído aquí, y sabeis perfectamente que es preferible encontrarse un espectro que un antiguo amante que llega en mal hora. La interrogaré, la prepararé, y pensaremos lo que sea preciso hacer. Mañana os escribo una esquela para deciros á qué hora debeis venir, y si podeis venir obedecedme puntualmente, pues os juro que nadie verá á esa amable criatura contra su voluntad y la mia. Cerraré mejor mis puertas, y no vendreis á visitarme hacha y martillo en mano.

Guillermo la conjuró, Serlo la exhortó; mas en vano. Los dos amigos tuvieron, en fin, que decidirse á dejar la sala y la casa.

Imaginase qué agitada noche debió pasar Guillermo. Compréndese con qué lentitud trascurrían las horas en espera de una esquela de Filina. Para colmo de desgracias, tenia que representar aquella misma noche; nunca habia sufrido semejante suplicio. Concluida la obra, corrió en casa de Filina, sin haber hecho anunciar si podían recibirle. Halló su puerta cerrada, y los huéspedes le dijeron que la señorita habia partido por la mañana con un jóven oficial; que si bien habia anunciado que volveria dentro de algunos dias, no lo creían, pues habia arreglado sus cuentas y llevádose sus equipajes.

Esta noticia trastornó á Guillermo. Corrió á casa de Laertes á proponerle el perseguirla y saber á toda costa la verdad acerca de su compañero. Laertes reprochó á su amigo su vehemencia y su credulidad.

—Juraria, dijo, que no es otro que Federico; ese jóven es de buena casa, me consta; está enamorado de ella hasta la locura, y probablemente ha sacado dinero á su padre para poder vivir algun tiempo con ella.

Estas reflexiones no persuadieron á Guillermo, pero le hacían dudar. Hizole presente Laertes cuán inverosímil era el cuento que le habia dicho Filina, que aquel porte y aquellas cabelllos correspondían perfectamente con Federico; cuán difícil era, llevando una delantera de doce horas, el alcanzarlos, y en

fin, que Serlo no podía prescindir de ellos en su teatro.

Estos razonamientos hicieron á la postre que Guillermo renunciase á perseguir él mismo á los viajeros. Laertes se procuró inmediatamente un hombre seguro, apto para desempeñar una mision semejante.

Érase éste un hombre sentado, que habia acompañado en sus viajes á muchos señores como correo ó como guía, y que se hallaba entónces en esta ciudad sin ocupacion. Diéronle dinero, instruyósele del negocio y se le encargó buscar y alcanzar á los fugitivos, no perderlos de vista y escribir inmediatamente á nuestros amigos dónde y cómo les habia hallado. En el instante montó el tal á caballo y se puso en seguimiento de la equívoca pareja. Este acomodamiento calmó un poco á Guillermo.

CAPÍTULO XVI.

La ausencia de Filina no causó gran sensacion ni en el teatro ni en el público. Aquélla desplegaba en todas las cosas poca seriedad; las mujeres la detestaban generalmente, y los hombres hubieran deseado verla á solas mejor que en las tablas: de manera que su hermoso y feliz talento perdiase de esta guisa. Los demas individuos de la compañía redoblaron su celo; la señora Melina, sobre todo, se distinguió por su laboriosidad y atencion. Continuó inspirándose en la máxima de Guillermo, dirigióse conforme á su teoría y su ejemplo, y llegó á dar á sus maneras un no sé qué que la hacía más interesante. Luégo poseyó más natural juego escénico, cogió completamente el tono más natural de la conversacion, y, hasta cierto punto, el del sentimiento. Supo hacerse al carácter de Serlo, estudió el canto para complacerle, é hizo progresos bastante rápidos para poder hacerse muy agradable en sociedad.

La llegada de algunos nuevos comediantes puso á la compañía á sus anchas, y como Guillermo y Serlo obrasen cada uno á su manera, mejorando el uno en cada obra el sentido y el tono del conjunto, trabajando el otro concienzudamente las partes aisladas, animaba á los actores un celo digno de alabanza, y el público mostraba vivo interes por ellos.

—Estamos en buen camino, dijo un dia Serlo, y si continuamos, luégo entrará por él el público. Fácilmente se puede seducir á los

hombres con espectáculos insensatos y groseros; si les exponeis de una manera interesante lo que es razonable y conveniente, es seguro que les habreis cautivado.

Constituye el principal defecto de nuestra escena, y en ello no reflexionan ni actores ni espectadores, que el conjunto es siempre en él abigarrado, y que en ninguna parte de él se halla un límite en donde pueda basarse su juicio. No encuentro que sea una ventaja haber desenvuelto nuestro teatro hasta el punto de hacer de él una representacion indefinida de la naturaleza; pero ahora no pueden reducirse ni directores ni actores, á ménos que el gusto de la naturaleza no trace por sí mismo en el porvenir el círculo que no deba salvarse. Una buena sociedad sólo existe bajo determinadas condiciones; igualmente sucede con un buen teatro. Ciertas maneras, ciertas expresiones, algunos objetos, algunos modos de obrar deben ser excluidos. No se es más pobre por poner en orden su casa.

Hallábanse acerca de esto más ó ménos de acuerdo: Guillermo y la mayoría estaban por el teatro inglés, Serlo y algunos otros por el teatro frances.

Convinieron en recorrer las obras más célebres de ambos teatros, durante las horas de huelga, que no escasean por desgracia á los comediantes, y observar lo que hay en ellas más bueno y más digno de ser imitado. Leyéronse primero algunas obras francesas. Desde que empezaba la lectura, Aurelia se alejaba. Las primeras veces, creyeronla enferma; pero un dia, Guillermo, á quien esto habia chocado, le pidió explicacion de su conducta.

—No asistiré nunca á una lectura de esa clase, dijo ella. ¿Cómo podré yo oír, mientras que mi corazon está desgarrado? Odio la lengua francesa con toda mi alma.

—¿Cómo se puede ser enemigo de una lengua á la que uno debe en gran parte su educacion, y á la cual aún tenemos mucho que pedir ántes de haber dado una forma conveniente á nuestro individuo?

—No es esto una prevencion, respondió Aurelia; una malaventurada impresion, un recuerdo odioso de mi pérfido amigo me ha hecho perder el gusto á esa lengua tan bella y tan perfecta. ¡Cómo la odio hoy con todo mi corazon! Mientras nuestra amistad fué sincera, me escribió en aleman, ¡y qué cordial, qué enérgico aleman! Luégo, cuando quiso romper conmigo, empezó á escribir en

frances, lo que hasta entónces no habia hecho sino á modo de juego. Comprendí lo que esto significaba. Lo que se avergonzaba de decirme en su lengua materna, podia escribirme entónces con toda seguridad. Para las reservas, las medias palabras, las mentiras, es una lengua perfecta. Es una lengua *pérfida*. A Dios gracias, no hallo una palabra alemana para expresar *perfidie* en toda su extension; nuestro pobre *trenlos* no es comparado á ésta más que un niño inocente. Pérfida, es *trenlos* con gozo, con insolencia, con malicia. ¡Envidiable es la civilizacion de una nacion que sabe expresar con una sola palabra matices tan delicados! ¡El frances es la lengua del mundo, digna de llegar á ser la lengua universal, para que cada uno pueda engañarse y mentirse á sus anchas! Sus cartas en frances eran siempre agradables de leer. Si hubiera ido una á hacerse ilusiones, expresaban acentos calurosos, áun apasionados; pero, mirándolo con más despacio, ¡sólo eran frases, frases malditas! Me ha privado de todas las alegrías que podian procurarme la lengua y la literatura francesas, los bellos y preciosos pensamientos que almas nobles han expresado en ese idioma. ¡Me estremezco cuando oigo una palabra en frances!

Con tales disposiciones, le sucedia que manifestaba durante horas enteras su mal humor, y que interrumpia ó turbaba cualquiera otra plática. Tarde ó temprano, ponía Serlo con algun pesar término á esas fantásticas salidas; pero generalmente la conversacion quedaba allí cortada para el resto de la veleda.

Es casi siempre cierto que todo lo que exige el concurso de varios individuos y de varias circunstancias no puede mantenerse largo tiempo en su unidad. En una compañía de comediantes, como en un imperio, en un círculo de amigos, igualmente que en un ejército, puede la mayor parte de las veces indicarse el momento en que se ha alcanzado el mayor grado de perfeccion, de inteligencia, de satisfaccion y de actividad; mas luégo se modifica el personal; llegan nuevos miembros; los individuos no cuadran ya con las circunstancias, ni las circunstancias con los individuos; todo cambia, y lo que estaba há un momento tan bien unido, presto se desune. Puede decirse que la compañía de Serlo fué durante algun tiempo tan perfecta como cualquiera otra compañía de Alemania.

La mayoría de los actores estaban den-

tro de su cuerda; todos tenian bastante que hacer, y todos hacian con gusto lo que tenian que hacer. Sus relaciones personales eran buenas, y cada uno parecia prometer mucho, porque entraba en la carrera lleno de fuego y alegría. Mas presto se observó que varios de entre ellos no eran más que simples autómatas que no podian llegar sino á aquello que no exige sentimiento; despues vinieron á todo esto las pasiones que entorpecen de ordinario toda buena institucion y desorganizan tan pronto lo que los hombres razonables y sensatos desearian ver arraigarse.

La partida de Filina no habia sido tan insignificante como primero se creyó. Ella habia sabido con mucha habilidad divertir á Serlo y encantar más ó ménos á los demas actores; sufría muy pacientemente los caprichos de Aurelia, y era una especialidad en lo de adular á Guillermo. Era una especie de lazo que unia el todo, y luégo se sintió la importancia de esta pérdida.

Serlo no podia vivir sin alguna intriguilla. Elmira, que se habia desarrollado rápidamente, y á quien casi podia llamarse una bella muchacha, habia despertado hacia algun tiempo su atencion, y Filina habia sido bastante hábil para favorecer una pasion por ella descubierta.

—Es preciso, decia ella con frecuencia, acostumbrarse á tiempo á las negociaciones de amor; son nuestro único recurso cuando nos hacemos viejas.

Serlo y Elmira se habian, pues, acercado tanto, que se entendieron muy bien despues de la marcha de Filina; y esta pequeña novela les interesaba tanto más, cuanto que tenian mil razones para ocultársela al padre, el cual no hubiera echado á broma semejante desórden. La hermana de Elmira era cómplice, y por consecuencia Serlo tenía que dispensar muchas cosas á las dos jóvenes. Uno de sus mayores defectos era una excesiva golosinería, ó mejor, si se quiere, una extremada glotonería; en lo que diferian mucho de Filina, cuyo no menor atractivo era éste, pues parecia pasarse con el aire, por así decirlo; comia muy poco, contentándose con saborear con una gracia extremada la espuma de una copa de champagne.

Ahora, cuando Serlo queria festejar á su bella, érale preciso hacer seguir al almuerzo la comida, y ligar esta última á la cena con una merienda. Serlo abrigaba además un designio cuya ejecucion le preocupaba. Ha-

bia creído descubrir cierta inclinación entre Guillermo y Aurelia, y deseaba mucho que se hiciera formal. Contaba con encajar á Guillermo toda la parte material de la administración, y hacer de él, como de su primer cuñado, un agente fiel y laborioso. Ya le había traspasado insensiblemente la mayor parte de los detalles; Aurelia llevaba la caja, y Serlo empezaba de nuevo á vivir á su manera como antaño. Había, no obstante, una cosa que le apesadumbraba, así como á su hermana.

El público tiene una manera propia de conducirse con los personajes públicos de un mérito reconocido: empieza por mostrarse gradualmente indiferente á su respecto, y favorece talentos muy inferiores, si bien nuevos; es exageradamente exigente con éstos, y dispensa todo á aquéllos.

Serlo y Aurelia habían tenido sobradas ocasiones de notarlo. Los recién llegados, sobre todo los que eran jóvenes y bien formados, atrajeron sobre sí toda la atención, todo el éxito, y casi siempre el hermano y la hermana, tras de haber desplegado todo su celo, se retiraban sin haber gozado del lisonjero acompañamiento de los bravos. Es cierto que esto se podía atribuir á causas particulares. El orgullo de Aurelia era evidente, y muchas personas conocían su desprecio hacia el público. Serlo adulaba bien á cada uno en particular; pero sus frases picantes acerca de la masa eran con frecuencia recogidas y manoseadas. Los actores nuevos, por el contrario, eran, bien desconocidos y extranjeros, bien jóvenes amables y principiantes, y todos hallaron partidarios.

Pronto se produjeron riñas interiores y descontentos; apenas se apercibieron de que Guillermo se había encargado de las funciones de administrador, los demás comediantes se condujeron cada vez peor, al verle procuraba introducir algún orden y alguna exactitud en el teatro, y exigir que ante todo la parte material anduviera puntualmente y con regularidad.

En poco tiempo todas las relaciones de esta sociedad, que durante algún tiempo habían casi llegado á lo ideal, se hicieron tan vulgares como las de cualquiera compañía de la legua. Y desgraciadamente, en el momento en que Guillermo, por su trabajo, su aplicación, su perseverancia, había llegado á iniciarse en los conocimientos necesarios al oficio, y á él había asimilado su persona y sus facultades, descubrió, en fin, en sus ho-

ras de tristeza, que el tal oficio, ménos que otro cualquiera, no merecía la pérdida de tiempo y de fuerza que exige. Pesada era la carga y la recompensa floja. De buena gana hubiera tomado otro alguno en el que, una vez concluido el trabajo, se pudiera gozar de calma y de tranquilidad de espíritu, en lugar de aquel, en el cual, después de haber vencido las fatigas materiales, hácese necesarias una aplicación muy grande y grande comprensión, para alcanzar por fin su meta. Fuerza le era oír las lamentaciones de Aurelia acerca de la prodigalidad de su hermano; érale preciso hacerse el sordo con Serlo cuando éste procuraba inducirle poco á poco á casarse con su hermana. Aún tenía que ocultar un disgusto que le afectaba más profundamente que todo esto. El mensajero enviado en seguimiento del equívoco oficial, no volvía ni daba signos de vida; nuestro amigo temía haber perdido una vez más á su Mariana.

Por esta época acaeció un duelo público que obligó á cerrar el teatro por algunas semanas. Aprovechó este descanso para ir á visitar al pastor en cuya casa estaba de pupilo el arpista. Hallólo en una agradable comarca, y la primera persona á quien apercibió en el presbiterio fué el anciano, dando lección de arpa á un niño. Manifestó mucha alegría al volver á ver á Guillermo, se levantó, le alargó la mano y le dijo:

—Ya veis que sirvo para algo en este mundo; permitidme continuar, pues las horas están reguladas.

El pastor hizo á Guillermo la más amigable acogida, y le dijo que el anciano iba muy bien y que esperaba curarlo completamente.

Su conversación recayó naturalmente en el mejor método para el tratamiento de los enajenados.

—Exceptuadas las condiciones físicas, dijo el pastor, que nos presentan con frecuencia obstáculos insuperables, y para las cuales consulto á un médico entendido, encuentro muy sencillos los medios de curar la locura. Estos son idénticos á los empleados para impedir á la gente sana que se vuelva loca. Reavívase su actividad personal, hánteseles al orden, hánteseles comprender que su individualidad y su suerte les es común á muchas otras, que un talento extraordinario, que una gran dicha, que una desgracia extremada solamente son ligeras inflexiones del curso ordinario de las cosas; la locura no tendrá por donde penetrar, y si se ha

apoderado de ellas, cederá poco á poco. He reglamentado las horas del anciano; enseña el arpa á algunos niños, ayuda en las labores del jardin, y ya está mucho más tranquilo. Desea comer la col que planta, y desea hacer de mi hijo, á quien ha legado su arpa si muere, un buen músico, para que el muchacho pueda utilizarse á su vez de este instrumento. Como pastor, le hablo poco de sus caprichosos escrúpulos; pero una existencia activa da margen á tantos sucesos, que luégo comprenderá que únicamente su iniciativa puede levantar cualquiera clase de duda. Voy poco á poco al resultado. Si consigo que se despoje de su barba y de su túnica, habré adelantado mucho, pues nada nos lleva tanto á la locura como diferenciarnos de los demas, y nada sostiene tanto el sentido comun como vivir con la multitud, siguiendo la comun corriente. ¡Cuántas cosas hay, por desgracia, en nuestra educacion y en nuestras instituciones civiles que nos predisponen, y con nosotros á nuestros hijos, á la locura!

Guillermo permaneció algunos dias en compañía de este hombre lleno de sentido, y supo por él las más interesantes historias, no de individuos locos, sino tambien de aquellos á quienes se tiene la costumbre de considerar como razonables, áun como sabios, y cuyas excentricidades son muy rayanas de la locura.

El interes de estas conversaciones triplicóse con la llegada del médico, que iba con frecuencia á ver á su amigo el pastor, y le ayudaba en sus esfuerzos filantrópicos. Era este un hombre de edad que, con una salud débil, habia pasado luengos años en el ejercicio de los más nobles deberes. Era muy amante de la vida del campo, y no podia vivir más que al aire libre; tambien era por todo extremo activo y sociable, y tenía desde hacia largo tiempo una inclinacion particular á relacionarse con los pastores de aldea. Procuraba secundar por todos los medios á aquellos á quienes conocia una ocupacion útil; esforzabase por inspirar una aficion favorita á aquellos á quienes veia aún indecisos; y como estaba relacionado con los señores, los bailíos y los jueces, habia contribuido mucho en un espacio de veinte años, sin hacer ostentacion, al desarrollo de muchos ramos de la agricultura; habia evidenciado todo lo que es provechoso á la tierra, al ganado, á los hombres, y difundido de este modo la instruccion pública.

—Sólo hay una desgracia que temer para el hombre, decia: la de que se apodere de él una idea cualquiera, que no tenga influencia sobre la vida activa, ó que de ésta le separe por completo. Tengo, precisamente, un caso de este género en casa de un noble y rico matrimonio, contra el cual han sido ineficaces hasta el presente los recursos todos del arte; esto entra casi en vuestro dominio, querido pastor, y este jóven no llegará á ser indiscreto.

Durante la ausencia de un hombre de posicion, hacen vestir (broma de asaz mal gusto) á un jóven la bata de aquel señor. Este disfraz estaba destinado á engañar á su esposa, y aunque no me hayan referido la cosa sino como pura broma, mucho temo que existiera el proyecto de separar del buen camino á la noble y amable dama. Llega el marido de improviso, entra en su cuarto, cree verse á sí mismo, y cae desde este dia en una melancolía que alimenta en él la convicción de que va presto á morir.

Rodéase de personas que le imbuyen mañosamente en ideas místicas, y no sé cómo se podrá impedir que éntre con su mujer en la órden de los Hermanos moravos, privando á sus parientes de la mayor parte de su fortuna, pues no tiene hijos.

—¡Con su mujer! exclamó bruscamente Guillermo, sobrecogido de espanto por este relato.

—Y desgraciadamente, respondió el médico, que no veia en la exclamacion de Guillermo más que un movimiento de compasion, esa dama se halla bajo el peso de un dolor aún más profundo, que le hace aceptar de grado el separarse del mundo. En el momento en que el jóven aquel se despedia de ella, ésta no fué prudente para disimular una secreta inclinacion; él se alentó, la estrecha contra sus brazos, y le oprime violentamente contra su pecho el retrato de su marido, ornado de brillantes. Experimenta ella un dolor bastante fuerte, que se disipa poco á poco; deja primero una pequeña rosa, luégo desaparece por completo. Como hombre, estoy persuadido de que ella no tiene más que reprocharse; como médico, estoy seguro de que esa presion no puede tener consecuencias desagradables; pero no se la puede decir que no hay allí una callosidad, y cuando se quiere disipar su ilusion por medio del tacto, ella pretende que sólo en este momento no se siente nada; se ha imaginado firmemente que este mal acabará por un cáncer, y de

esta manera se perderán para ella y para los demás su juventud y su gracia.

—¡Desgraciado de mí! exclamó Guillermo golpeándose la frente y echando á correr por el campo; nunca se había hallado en semejante estado.

El médico y el pastor, en extremo sorprendidos por este extraño descubrimiento, á duras penas pudieron calmarle por la noche cuando volvió, y se acriminó de la manera más violenta haciéndoles una confesión más circunstanciada de aquellos sucesos. Los dos hombres se interesaron vivamente por él, sobre todo cuando les hubo pintado su situación con los sombríos colores que le suministraba la actual disposición de su espíritu.

Al día siguiente el médico no se hizo mucho de rogar para ir con él á la ciudad y ver de procurar algún socorro á Aurelia, á la que había dejado su amigo en un estado asaz alarmante.

La hallaron peor de lo que pensaban. Tenía una especie de fiebre intermitente, que era tanto más difícil de dominar, cuanto que la enferma sostenía y agravaba de propósito su acceso. El desconocido no fué presentado como médico; obró con gran conveniencia y muy prudentemente. Se habló del estado físico y moral de Aurelia, y el nuevo amigo contó infinitas historias de personas que, apesar de semejantes enfermedades, habían alcanzado una edad muy avanzada. No le ocultó que había visto muy felices á las personas que, en un estado enfermizo imposible de curar por completo, habían sido llevadas á penetrarse sinceramente de sentimientos religiosos. Decía estas cosas de una manera muy reservada, y, por así decirlo, episódica; prometió procurar á sus nuevos amigos la muy interesante lectura de un manuscrito que recibió de manos de una excelente amiga que había dejado este mundo.

—Esta obra me es en extremo preciosa, dijo, y os confío el propio original. Sólo el título es de mi mano: *Confesiones de un alma bella*.

El médico dió á Guillermo sus mejores consejos acerca del tratamiento dietético y médico de la desgraciada Aurelia, y prometió escribir y aún volver si esto le era posible. En ausencia de Guillermo se había preparado una modificación que éste no podía esperar. Durante el tiempo de su administración, había hecho las cosas con bastante largueza y con bastante liberalidad, teniendo siempre

en cuenta su objeto principal, introduciendo elegancia y riqueza en los trajes, las decoraciones y los accesorios; para sostener las buenas disposiciones de su gente, había lisonjeado su amor propio, puesto que eran insensibles á móviles más nobles; estaba tanto más autorizado para ello, cuanto que Serlo no tenía pretension alguna de ser un buen administrador, gustaba de oír elogiar su teatro, y se daba por satisfecho cuando Aurelia, que llevaba toda la contabilidad, le aseguraba que, deducidos todos los gastos, no tenía deudas, y le entregaba las sumas necesarias para el pago de las que contraer hubiera podido por su extraordinaria liberalidad para con sus queridas, ó de otra cualquier manera.

Melina, que se había encargado de cuidar el guardaropía, como era frío y disimulado, había examinado la cosa en silencio, y, gracias á la ausencia de Guillermo y á la enfermedad cada vez más grave de Aurelia, hizo comprender á Serlo que se podía, indudablemente, ganar mucho más, gastar ménos, y ahorrar alguna cosa, á ménos que se prefiriera vivir aún más alegremente y á su capricho. Serlo le escuchó de buena gana, y Melina se arriesgó á presentar su proyecto.

—No puedo afirmar, dijo, que ninguno de los actores cobre actualmente muy elevado sueldo; son personas de mérito, en todas partes serán bien recibidos; esto no obstante, relativamente á la entrada que nos proporcionan, están demasiado retribuidos. Mi proyecto sería representar la ópera, y por lo que respecta al drama, puedo decir que sois hombre capaz de desempeñar uno por vos solo. ¿No habeis sido obligado á ver que se desconozca vuestro talento? Y no es porque vuestros actores sean excelentes, sino porque son buenos, por lo que ya no se hace justicia á vuestro extraordinario talento.

Presentaos, como ya lo habeis hecho en otro tiempo, solo en primera línea; procurad rodearos de individuos medianos, aún malos, á los cuales dareis cortos gajes; utilizad esta masa, como bien sabeis hacerlo, para la parte material, aplicad lo demás á la ópera, y vereis cómo con trabajo y gastos iguales tendreis mucha más satisfaccion y ganancias, mucho más dinero que ahora.

Serlo estaba muy adulado para dar fuerza alguna á sus objeciones. Confió á Melina que su inclinacion por la música le había desde largo tiempo acostumbrado á desear una cosa parecida; preveía, no obstante, que

el gusto del público se vería por ello aún más perdido, y que este espectáculo no sería propiamente ópera ni drama; destruiría por completo lo que hubiera podido quedarle de gusto hacia una obra entera y regular.

Melina burlóse asaz groseramente del ideal pedantesco de Guillermo á este propósito, y de su pretension de formar al público, en lugar de dejarse formar por él, y ambos á dos, muy convencidos, se pusieron de acuerdo acerca de este punto: que era preciso ganar dinero, hacerse rico ó darse regalada vida, y no se ocultaron que serian muy gustosos en desembarazarse de las personas que dificultaban la ejecucion de su designio. Melina deploraba el estado de debilidad de Aurelia, que no le prometia ya larga vida; lo cual, por cierto, él hubiese deplorado. Serlo lamentaba que Guillermo no fuese cantor, y daba con esto á entender que no estaba léjos de considerarlo como superfluo. Melina presentó á Serlo un estado de las economías realizadas, y Serlo adivinó en él un hombre que valia por tres, como su primer cuñado. Comprendieron que debian prometerse el secreto acerca de esta conversacion, que les ligaba aún más, y tomaron de ello ocasion para consultarse en secreto acerca de cuanto ocurría, para vituperar lo que emprendian Aurelia y Guillermo, y meditar la ejecucion de su nuevo proyecto.

Por muy discretos que ambos á dos fuesen en lo respectivo á su designio, y por muy prudentes que fuesen en sus discursos, no eran bastante políticos para disimular sus sentimientos con su conducta. Melina se puso frente á Guillermo en varias cuestiones que eran de su incumbencia, y Serlo, que nunca habia sido muy amable con su hermana, hacíase cada vez más agrio, á medida que su disposicion enfermiza se agravaba y que su estado de sufrimiento y de exaltacion merecia más atenciones.

Por esta época se volvió á poner en escena *Emilia Galotti*. Esta obra habia sido muy bien montada, y cada uno pudo desplegar la variedad de su ejecucion en el limitado círculo de esta tragedia. Serlo estaba en su papel, en el de Marinelli; Odvardo estuvo muy bien interpretado; la señora de Melina hizo la madre con mucha inteligencia; Elmira señalóse ventajosamente en el papel de Emilia; Laertes llenó muy convenientemente el de Apiani; Guillermo habia estudiado durante varios meses el personaje del príncipe. Con este motivo habia frecuentemente tratado, ya

consigo mismo, ya con Aurelia y Serlo, la cuestion de saber cuál es la diferencia entre las maneras nobles y las distinguidas, y hasta qué punto las primeras deben hallarse comprendidas en las segundas, y no éstas en aquéllas.

Serlo, que en Marinelli representaba, sin sobrecargarle, el cortesano puro, expuso acerca del particular muchas buenas reflexiones.

—Las maneras distinguidas, decia, son difíciles de imitar, porque son, por así decirlo, negativas, y suponen larga y continuada práctica. No debe haber nada en el continente que asemeje dignidad, pues se da en el orgullo formal; ántes bien debe contentarse con evitar lo que no es noble, lo que es vulgar; es preciso no equivocarse nunca, velar siempre sobre sí y sobre los demas, no abandonarse, no hacer por los demas ni demasiado ni muy poco, no parecer turbado por nada, conmovido por nada, no precipitarse nunca, saber contenerse en toda ocasion, y mantener de esta manera el equilibrio en el exterior, cualesquiera que sean las tempestades que se agiten en el interior. El sér noble puede dejarse conducir en ocasiones; el sér distinguido, nunca. Es éste como un hombre muy bien vestido; no se echará en ninguna parte, y todo el mundo se libraré de rozarle; se señala entre los demas, y, no obstante, no debe permanecer aislado; pues en todos los artes, y por consecuencia en aquél, la cosa más difícil debe ejecutarse con facilidad; igualmente, el hombre distinguido, apesar de todas las separaciones, debe aparecer siempre unido con los demas, no estar en ninguna parte cohibido, y en todas á sus anchas; tener siempre aire de ser el primero, y nunca imponerse como tal.

Dedúcese, pues, que, para parecer distinguido, es preciso serlo de hecho; compréndese cómo, por lo general, las mujeres puedan darse más fácilmente este aire que los hombres, y por qué los cortesanos y los soldados lo adquieren tan rápidamente.

A consecuencia de esta conversacion, casi desesperaba Guillermo de su papel; pero Serlo le prestó aún ayuda, exponiéndole acerca de los detalles las más discretas observaciones, y le dió tan buenas instrucciones, que en la representacion parecia, al ménos á los ojos de la multitud, un príncipe completo.

Serlo le habia prometido comunicarle despues de la representacion las observaciones que hubiera tenido ocasion de hacer á su res-

pecto; pero un enojoso debate entre el hermano y la hermana privó á Guillermo de esta confidencia crítica. Aurelia habia representado el papel de Orsina como ya tal vez no se volverá á ver. Conocióla ella hacia mucho tiempo, y lo habia recitado descuidadamente en los ensayos; pero en la representacion abrió, por así decirlo, todas las esclusas de su dolor íntimo, y su desempeño sobrepujo á cuanto un poeta hubiera podido soñar en el primer fuego de su composicion. Un éxito inmenso fué la recompensa de sus dolorosos esfuerzos; pero cuando, terminada la obra, fueron á buscarla, encontráronla medio desvanecida en un sillón.

Serlo habia expresado ya su descontento por tan exageradas maneras, como él las llamaba, y por ese modo de alzar el velo á los secretos de su corazón ante el público, que más ó menos conocia sus dramáticas aventuras; como aquello sucediese estando él encolerizado, habia apretado los dientes y pateado.

—¡Dejadla, dijo cuando la halló en su sillón, rodeada de los demás actores; cualquier día de estos se exhibirá desnuda en las tablas, y entónces será su triunfo completo!

—¡Ingrato! exclamó ella. ¡Inhumano! ¡Pronto me llevarán desnuda á un sitio donde los aplausos no llegan á nuestros oídos!

A estas palabras se levantó y corrió á la puerta. Su criada habia descuidado llevarle su abrigo; su silla de manos no estaba allí; habia llovido, y un viento frío barria las calles. Anduvo con lentitud y celebró aquella frescura, que parecia aspirar con avidez. Apenas entró en su casa, cuando se sintió atacada de una ronquera que no le permitia pronunciar palabra; no confesó que experimentaba un envaramiento en la nuca y en la espalda. Al cabo de algún tiempo, una especie de parálisis le cogió la lengua, hasta el punto de decir una palabra por otra; lleváronla á su lecho; los remedios que se la prodigaban calmaban un mal mientras otro se declaraba; la fiebre llegó á ser violenta y su estado alarmante.

Al día siguiente tuvo un momento tranquilo; mandó llamar á Guillermo y le entregó una carta.

—Ese papel, dijo ella, espera há largo tiempo este momento. Siento acercarse el fin de mi vida; prometeme entregar en persona esta carta, y vengarme de mis sufrimientos hablando de mí al infiel. No es insensible, y mi muerte le afligirá, al ménos por un instante.

Guillermo cogió la carta, no sin calmar á Aurelia, y esforzándose por separar de ella la idea de la muerte.

—No, respondió ella, no me arrebatéis mi última esperanza. La he esperado largo tiempo, y la estrecharé con alegría entre mis brazos.

Interin llegó el manuscrito prometido por el doctor. Aurelia suplicó á Guillermo que se lo leyera, y ya se podrá juzgar de la impresion que produjo cuando se tenga conocimiento del libro siguiente. La sobreexcitacion y el orgullo de nuestra pobre amiga se agotaron de un golpe. Volvió á coger su carta, y escribió una segunda en una disposicion de espíritu muy suave, segun se vió; suplicó á Guillermo que consolase á su amante, caso de que la noticia de su muerte le afligiese; que le dijera que le habia perdonado y deseaba que fuese dichoso.

A partir de este momento, estuvo muy tranquila y no pareció ocuparse más que de algunas ideas del manuscrito que procuraba apropiarse, y que Guillermo le leia de cuándo en cuándo. La decadencia de sus fuerzas no era visible, y una mañana, cuando iba á verla, Guillermo la halló muerta.

La estima en que la tenía, la costumbre de vivir con ella, le hicieron esta pérdida muy dolorosa. Era la única persona que le profesó verdadera afecion, pues habia tenido demasiado que sufrir en estos últimos tiempos de la frialdad de Serlo. Apresuróse, pues, á cumplir el mensaje de que estaba encargado, muy contento con poder alejarse por algún tiempo. Por otra parte, Melina deseaba vivamente verle partir, pues, gracias á la correspondencia que sostenia por todos lados, habia contratado una cantante y un cantor que debian en los intermedios preparar al público para la futura ópera. De este modo, la pérdida de Aurelia y la ausencia de Guillermo pasaron desapercibidas en los primeros tiempos, y nuestro amigo consentia con placer en todo lo que le facilitaba la obtencion de un permiso de algunas semanas.

Habiase exagerado singularmente la importancia de su mensaje. La muerte de su amiga le quebrantó profundamente; y viéndola desaparecer tan prematuramente de la escena del mundo, estaba necesariamente muy prevenido contra quien habia abreviado su vida y llenado de tantos tormentos aquella corta existencia.

Apesar de las últimas palabras de paz pronunciadas por la moribunda, propúsose,

al presentar la carta, emitir un severo juicio acerca del amante infiel; y como no quería fiarse en el azar del momento, meditó un discurso, al que dió forma más patética de lo conveniente. Luégo de estar bien persuadido de la excelente composicion de su obra, lo aprendió de memoria é hizo sus preparativos de viaje. Mignon asistia al embalaje, y le preguntó si iba hacia el Sur ó hacia el Norte; habiendo sabido que era hacia el Norte, le dijo:

—Esperaré aquí tu vuelta.

Pidióle el collar de perlas de Mariana, que no pudo negar á esta querida criatura: ella tenía ya el pañuelo. En cambio, le introdujo el velo del espectro en su portamanteo, por más que él le aseguró que no le sería de utilidad alguna.

Melina se encargó de la administracion, y su mujer prometió velar como una madre por los niños, de los cuales Guillermo se separó con pena. Félix estaba loco por la partida, y como se le preguntara qué quería que le trajesen, dijo:

—¡Oye! Tráeme un padre.

Mignon cogió al viajero de la mano, y levantándose sobre la punta de los piés, imprimió en sus labios un beso vivo y franco, pero sin ternura, diciéndole:

—Meister, no nos olvides, vuelve pronto.

Dejemos ahora á nuestro amigo ponerse en camino enmedio de mil pensamientos y de mil sentimientos; pero trascribamos aún, para terminar, algunos versos que Mignon habia recitado algunas veces con mucha expresion, y que la abundancia de tantos extraños sucesos nos ha impedido citar ántes:

No me digan que hable, no me digan que calle,
pues el secreto es para mí un deber;
podria enseñarte mi corazon al descubierto,
pero la suerte no lo quiere.

En la hora marcada, el curso del sol ahuyenta
la sombría noche, y fuerza es que ésta se ilumine;
la rada roca, abriendo su seno,
no niega a la tierra los manantiales que contenia.

Cada uno busca el reposo en los brazos de un amigo:
allí, el pecho puede abrirse á las quejas;
pero un juramento cierra mis labios,
y mi Dios sólo es capaz de abrirlos.

GOETHE.

MISCELÁNEA

ANESTESIA BAJO LA PRESION.

M. Paul Bert describió hace poco tiempo una serie interesante de experimentos acerca de la facilidad y seguridad con que podia producirse la anestesia, administrando una mezcla de óxido nitroso y oxígeno en una alcoba cerrada herméticamente, donde pudiera mantenerse una presion algo más alta que la del aire. Y en una sesion reciente de la Academia de ciencias, de Paris, comunicó otras observaciones, en las que el asunto se trasfirió del dominio de la teoría al de la práctica.

En general, para obtener la anestesia bajo la ordinaria presion atmosférica, es necesario administrar óxido nitroso puro, y sólo puede emplearse el gas en operaciones de corta duracion, porque la asfixia amenaza al paciente tan luégo como desaparece la sensibilidad. De aquí es que este método ha quedado casi exclusivamente para el uso de los dentistas, que lo han empleado con seguridad en centenares de miles de casos. El propuesto por M. P. Bert, sin embargo, permite el uso de este agente anestésico en operaciones de considerable duracion.

Dos cirujanos de los hospitales de Paris han consentido en que M. Bert ensayara su método, y el objeto de su reciente comunicacion á la Academia fué primero el caso de la remocion de una uña por el Dr. Labbé. El paciente era una muchacha de veinte años de edad, tímida y muy nerviosa. En una cámara cerrada, de hoja de hierro ó palastro, se aumentó la presion de aire 0.17 m. (total de presion 0.92 m.) La paciente yacia en un colchon, y M. Préterre la aplicó á la nariz la boquilla del aparato que él emplea para la administracion del óxido nitroso puro, en comunicacion con una bolsa que contenia ochenta y cinco partes de dicho óxido con quince de oxígeno. Antes de la aplicacion era el pulso algo rápido, y repentinamente, diez ó quince segundos despues de la segunda aspiracion, sin cambio en el pulso, en la respiracion ni en el color de la piel, sin agitacion ni excitacion, se le descoyuntaron del todo los brazos, la insensibilidad y relajacion de los músculos fueron completas; hasta pudo tocársele á la córnea de los ojos sin que pestañease.

Comenzóse y terminóse la operacion; se aplicaron los apósitos y no hizo la paciente el menor movimiento, ántes se mantuvo en un sueño, y el pulso descendió á su frecuencia normal. Al cabo de cuatro minutos, cuando se concluyó la operacion, se le advirtieron ligeras contracciones en un brazo y luégo en una pierna. Quitósele la boquilla del aparato y cesaron aquellos síntomas. Continuó treinta segundos más el sueño de la paciente, y despues pudo fácilmente despertársela, manifestando que se sentia bien y con hambre, y que solamente recordaba una sensacion de *bienestar*, producida por las primeras aspiraciones. Le pareció que «ascendia al cielo, el cual vió azul y estrellado». Pudo andar por sus piés, tomó alimento casi inmediatamente y no se quejó de nada.

Los pormenores de este caso son interesantes, por cuanto muestran la brevedad con que se produce la anestesia y la rapidez con que pasa, notable diferencia ésta de los efectos del éter y del cloroformo. Operaciones mucho más importantes, en número de diez y seis, las ha ejecutado con el mismo método M. Pean, á saber: tres amputaciones de pechos, cuatro operaciones en los huesos, seis extirpaciones de tumores, una reseccion del nervio intraorbital y dos composiciones de dislocaciones del hombro, de tres y cuatro dias de duracion. Se mantuvo la anestesia por espacios que variaron desde cuatro hasta veintiseis minutos. El tiempo ocupado en producirla varió de quince segundos á dos minutos, sucediéndose en uno la vuelta á la completa sensibilidad, aunque á veces persistió un ligero grado de analgesia un minuto ó dos más.

En una de dichas operaciones, un accidente dió lugar á que el paciente aspirase el aire exterior, y al punto empezó á hablar, aunque no se quejó de pena alguna. Quitóle instantáneamente la palabra de la boca el primer sorbo de gas fresco, y despues de volver en su acuerdo no recordó el incidente. Al principio de las operaciones se le aceleró el pulso de cuándo en cuándo, pero fué difícil decir hasta qué punto se debió esto á la accion del gas. Con la insensibilidad volvió siempre á su ordinaria frecuencia. En la mayoría de los casos los pacientes no se quejaron del malestar luégo que se les quitó el aparato, y cuando la operacion no fué grave, frecuentemente despertaron y pidieron alimento. En tres casos sobrevinieron náuseas, notándose que en todos éstos se habia hecho uso de bo-

quillas de goma elástica ó de bolsas de goma nueva, y es creible que ese síntoma no fuese el efecto del óxido nitroso. Accidente más frecuente y desagradable es la ocurrencia del espasmo de las piernas. Pero M. Bert está seguro que esto se debe á la insuficiencia de la presion bajo la cual se administra el gas. Un aumento en aquélla de 0.02 m. ó de 0.03 m. que pueda siempre obtenerse instantáneamente, basta á contener el accidente en todos los casos.

El exceso de la presion empleada varía entre 0.15 m. y 0.22 m. En el caso de la composicion del hueso dislocado, que duró tres dias, hubo necesidad de emplear un exceso de presion de 0.26 m., para lograr la insensibilidad y la relajacion muscular, apesar de lo cual el paciente habló durante toda la operacion. Así que el empleo del aire comprimido permite la modificacion de la dosis del agente anestésico con la mayor facilidad. Difícil empresa es cambiar la proporcion de mezcla gaseosa, pero muy fácil el alterar la tension de la cámara, y de este modo la dosis del anestésico.

M. Bert, en conclusion, sostiene que su método es superior á cuantos se han empleado hasta ahora para producir la anestesia. En primer lugar, en el período inicial, no ocurre la excitacion, que es amenudo muy desagradable y á veces hasta peligrosa. En segundo lugar, infunde más tranquilidad y confianza al cirujano, quien está cierto que no cambiará durante la operacion la dosis del anestésico, y, en consecuencia, que no tiene el paciente nada que temer. En tercer lugar, que es instantánea la vuelta de la sensibilidad aun despues de veintiseis minutos de anestesia, de modo que, si se desea, puede despertarse al enfermo en cierto período de la operacion, é inmediatamente despues volverse á dormir, etc.

ÚLTIMAS TEORÍAS ACERCA DE LA EDAD DEL MUNDO.

Los geólogos, los astrónomos y físicos, hasta ahora se han estrellado en sus tentativas para arreglar una especie de cronómetro que pueda medir aproximadamente el tiempo geológico, y darnos de este modo una especie de norte acerca de la antigüedad de nuestro globo. Es por lo tanto digno de que se sepa que Mr. Mellard Reade, de Liverpool,

ha presentado recientemente á la Sociedad Real una Memoria muy importante, en la que trata de resolver la cuestion empleando las rocas calizas de la costra terrestre como un índice para el tiempo geológico. Las piedras calizas se han estado formando desde los primeros períodos geológicos que se conocen; pero parece que las capas que se han hallado de los últimos son más calcáreas que las de los primeros, y que ha habido un aumento progresivo y gradual de materia calcárea. La deposicion extensa del carbonato de cal en áreas dilatadas del fondo del Océano en la actualidad, está suficientemente atestiguada por las sondas recientes del *Challenger*. Segun un cálculo del autor, la costra sedimentaria de la Tierra tiene por término medio una milla del espesor actual, del cual probablemente una décima parte consiste en materia calcárea. Al buscar el origen de esta materia calcárea se da por sentado que las rocas primitivas de la corteza original eran de la naturaleza de las rocas de granito ó basálticas. Por medio de la desintegracion de semejante rocas se han formado depósitos calcáreos y otros sedimentarios. La cantidad de sales de cal en el agua de distritos compuestos de granito y basalto, se ha hallado que es, por comparacion de análisis, de cerca de 3.73 partes en 100.000 partes de agua, por término medio. Más adelante, se supone que las áreas de rocas ígneas, tomando un término medio durante la época geológica, tendrían la proporcion de 1 á 9 respecto á la exposicion de rocas sedimentarias. De estos y otros datos Mr. Reade saca en conclusion que la eliminacion de la materia calcárea que se halla en la actualidad en todas las capas sedimentarias debe haber ocupado por lo ménos unos 600.000.000 de años. Esto, por lo tanto, representa el minimum de la edad del globo. El autor infiere que la formacion de las capas laurentinas, cámbricas y silúricas debe haber ocupado unos 200.000.000 de años; la *Old Red Sandstone* y los sistemas carbonífero y poikilitico, otros 200.000.000 de años; y las otras capas, los restantes 200 millones. Mr. Reade, por lo tanto, cree que el tiempo geológico excede con mucho los límites que le fijan ciertos físicos; que ha sido suficientemente extenso para permitir que se verificaran todos los cambios que, en la hipótesis de la evolucion, han ocurrido en el mundo orgánico.

FUERZA COMPARATIVA DE LOS EXPLOSIVOS.

El informe de la Mesa de ingeniero del ejército de los Estados-Unidos, que acaba de publicarse, presenta el cuadro interesante siguiente, como resultado de dos años de prueba de la eficacia relativa de varios explosivos modernos, tomando como tipo la dinamita ordinaria:

Dinamita, núm. 1.....	100
Pólvora de algodón.....	87
Dualin.....	111
Rendrok.....	94
Dinamita, núm. 2.....	88
Pólvora Vulcano.....	82
Pólvora mica.....	83
Nitroglicerina.....	81
Pólvora Hércules, núm. 1.....	106
Pólvora Hércules, núm. 2.....	83

TEATROS DE MADRID.

Los Puritanos, de Bellini, ha tenido en nuestro Teatro Real una interpretacion bastante regular. La señora Ortolani, contratada para cubrir un poco las brechas abiertas en la compañía por la marcha de otras artistas y por los desaciertos de la empresa, ha sido recibida con la simpatía que siempre le ha demostrado nuestro público. El tiempo no ha pasado en balde para ella, especialmente en la parte física exterior. La señora Ortolani, á quien animó el público de Madrid en los comienzos de su carrera, se presentó entonces casi una niña, finita y delicada; cantó algunas segundas partes y otras primeras de principiante, bajo la direccion de la Penco, y arrancó aplausos. Años despues vino con su esposo, el señor Tiberini, y ya vimos en ella á la mujer formada, hermosa y esbelta, al par que á la artista consumada. Y despues de otros varios años, se nos presenta ahora como una verdadera matrona, gruesa y redonda, aunque distinguida siempre.

La voz de la señora Ortolani ha perdido algo en volúmen, extension y agilidad, pero recuerda aún su delicioso timbre y conserva aquel estilo elegante, aquel fraseo limpio, aquella inapreciable distincion que tantos aplausos le ha valido en Madrid. En la acentuacion melódica y en la expresion íntima

del sentimiento artístico ha ganado mucho la señora Ortolani.

El Sr. Gayarre, bien, pero no es de las óperas que mejor canta.

El barítono Kaschmann y el bajo Vidal, cantaron el célebre dúo, y especialmente el allegro del mismo, como dos furias. Tanto quisieron acentuar las estrepitosas frases de la libertad, que sólo obtuvieron gritos destemplados indignos de dos artistas.

La orquesta y los coros, bien. La dirección de la escena, muy mal. El público dominado por la benevolencia como en función de Pascuas.

—No nos sentimos con fuerzas para escribir un artículo especial sobre la zarzuela *Un Corpus de sangre*, estrenada en la última semana en el Teatro de Jovellanos, y nos limitamos á ligeros apuntes en este sitio. Tanto malo tendríamos que hacer notar, tantas y tan agrias censuras tendríamos que repartir á diestro y siniestro, que preferimos hacerlo con cierta brevedad para que no resulte tan recargado el cuadro. Los Sres. D. Luis Mariano de Larra, autor del libreto, y D. Manuel Fernandez Caballero, de la música, venian ya hace tiempo dando muestras de decadencia, que atribuíamos á pasajero sueño y á distracciones ú ocupaciones con otras obras. En el *Corpus de sangre* han dado una caída muy grande. Talento tienen para curar la herida que se han inferido; pero tengan presente que la medicina que empleen ha de ser muy activa y eficaz, si han de llegar á la convalecencia primero, y á un completo restablecimiento despues.

La obra es esencialmente dramática, y más que dramática terrorífica, primera falta en obra que habia de estrenarse en Noche-Buena y servir para las Pascuas. Aun en cualquiera otra época tiene demasiadas escenas de sangre, exterminio, violaciones, incendios, saqueos y asesinatos, para que pueda pasar en el teatro de la ópera cómica española. Además, ni está bien pensada ni medianamente realizada.

La música es muy inferior á toda la que conocemos del Sr. Fernandez Caballero, y no le encontramos disculpa ni aún sabiendo que la ha escrito en poco tiempo, y mientras se entregaba á otras ocupaciones de la dirección artística del teatro. Para escribir de esta manera, es mucho más sencillo y más fácil no escribir.

Las decoraciones y los trajes revelan la penuria y el poco acierto de la empresa.

Pero, aún siendo todo tan malo, lo peor de todo ha sido la ejecución. La señora Franco de Salas debe retirarse de la escena ántes que aceptar papeles dramáticos, que no siente ni comprende. El Sr. Tormo está fuera de su centro en cuanto se le saca de los tipos cómicos. El Sr. Dalmau parece que canta desde su casa, adonde debiera haberse retirado hace tiempo á descansar de lo mucho que ha trabajado. El Sr. Banquells representa como los cómicos malos, pero en cambio no canta ni puede modular la voz desagradable que posee.

El público, que era bastante escaso, apesar de ser Noche-Buena, protestó en la primera representación y en las siguientes.

Ha durado poco la obra, pero ya ha hecho las funciones de las Pascuas, que era lo que se trataba de demostrar.

Si éste ha de ser el teatro lírico español; si el objetivo de los autores ha de ser aprovecharse de los cargos que desempeñan en el teatro y, por lo tanto, de su influencia, para obtener para sí tales ó cuales entradas mayores que de ordinario, podrá sacarse fácilmente algun dinero, pero no se conservará la reputación adquirida.

¡Buena manera de hacer méritos para obtener la protección que se trata de recabar al Gobierno á propuesta de la Academia de Bellas Artes de San Fernando!

—Grande, hondísima y legítima pena sentimos cada vez que vemos unido el nombre de uno de nuestros primeros compositores á una de esas obrillas sin importancia, que viven como la rosa, *l'epave d'un matin*, y exclusivamente destinadas á entretener á un público estragado, ó á servir de pretexto á unas cuantas payasadas de actor más ó menos despreocupado.

¿Si estaremos condenados á ver morir ántes de tiempo las más grandes reputaciones por las intemperancias, desaciertos y poco amor al arte de los mismos interesados en sostener su interés y su gloria? ¡Ah! Se adquieren muy pronto las reputaciones en España, porque el público está sediento de aplaudir y de ayudar á los artistas; pero se pierden más pronto todavía, porque los mismos artistas, desconociendo su verdadero interés y dejándose dominar por un *sans facon* inconcebible, abandonan los verdaderos caminos del arte y se precipitan en los senderos de la facilidad en el trabajo, de la prisa en la composición, de la ligereza y la informalidad en el arte.

¿Creen nuestros artistas y compositores que el nombre que se formaron en otras épocas les va á durar siempre, aunque no hagan nada de importancia y aun apesar de los tremendos golpes que ellos mismos descargan sobre su reputacion? Se engañan. Aprendan de Gounod, que, despues de estar tres años sin dar nada al teatro, no vacila en retirar una ópera para corregirla, y pone el plazo de un año para esta sencilla correccion. Aprendan del venerable anciano Ambrosio Thomas, que compone en los últimos años de su vida con la misma fe é igual entusiasmo que en la juventud. Tiendan una mirada por el mundo artístico y sean artistas. No hay nobleza que más obligue que la del arte.

Pero esto es hablar de la mar. Ya hemos perdido toda esperanza, porque los casos á que nos referimos son demasiado frecuentes, y revelan la existencia de un mal incurable. Si pudiese haber remedio, ¿hubiera escrito Fernandez Caballero sus últimas zarzuelas, y, sobre todo, Barbieri esos sainetes más ó ménos musicales, á que parece entregado ahora en cuerpo y alma?

Triste Chaetas, Los Carboneros y otros muchos juguetes líricos de Barbieri, que ni siquiera han interpretado artistas de canto, han traído al autor de *Jugar con fuego y Pan y toros* á un estado que sinceramente lamentamos, y que retrata perfectamente el nuevo sainete lírico que ha puesto en el Teatro de la Comedia con el título de *Chichones*, obri-lla que nos ha inspirado las anteriores consideraciones, y que no hemos de examinar si-quiera. Unas seguidillas, unas coplas sin carácter, un duo con un poquillo de tinte americano, unos compases de cualquier manera para empezar y otros compases para concluir: hé ahí lo que son esos sainetes que, por lo visto, constituyen el bello ideal del señor Barbieri en la época madura de su vida y de su inteligencia.

¡Pobre Barbieri! ¡Ha descarrilado, y sabe Dios adónde irá á parar!

Seguros estamos de que algun dia pondrá la mano sobre su conciencia, y nos dará la razon, y hasta quizá nos agradezca las duras frases que la verdad y la justicia ponen hoy en nuestra pluma.

—Las novedades que han presentado los teatros en la pasada semana, son de poca importancia, y sólo tienen la pretension de hacer reir.

El juguete en tres actos, del Sr. Blasco, *Si yo tuviera dinero*, estrenado en el Teatro de

la Comedia, divierte en gran manera al público.

Por la tarde se ha estrenado en el mismo teatro un saineton de Don Ricardo de la Vega, titulado *El Rosicler, sociedad de baile*, que puede pasar en esta época del año.

El Teatro de Apolo nos ha ofrecido, con el título de *La ropa de cristianar*, una comedia de los Sres. Estremera y Campo-Arana, que tiene todo el corte de las producciones de Pascuas, y gran exuberancia de chistes y entradas y salidas; pero está hecha con bastante discrecion, y obtiene grandes aplausos.

Variedades ha representado una pieza titulada *¿Tiene usted mi llave?* y Eslava otra del Sr. Pina con el título de *La Misa del Gallo*. Ambas pasaron.

Tambien van pasando las fiestas. Veremos las novedades serias que nos presentan los teatros al inaugurar la segunda parte de la temporada.

BIBLIOGRAFÍA

Orlando furioso.—Version castellana del poema de Ariosto, hecha en octavas reales por D. Vicente de Medina y Hernandez.

Se acaba de repartir la entrega 18, que forma, como las anteriores, un cuaderno de 80 páginas en folio menor.—Barcelona, 1879.

En las principales librerías de España se admiten suscripciones al precio de dos pesetas cada cuaderno.

* * *

Ecos del Pisuega.—Coleccion de versos, por D. L. G. Tapia. Tomo I. Un volumen de 100 páginas en 16°.—Valladolid, 1879.—Imprenta de Garrido.—Precio una peseta.

* * *

Aritmética para niños, por D. Mariano Sanchez Bruil. Segunda edicion. Un tomito de 176 páginas en 8° menor.—Madrid, 1879.—Imp. de R. Velasco.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid al precio de una peseta.

* * *

Método simultáneo para la enseñanza de la lectura, escritura y ortografía práctica, por D. Aureliano Ares de Parga. Edicion cuyo único objeto es el exhibir el método y la forma del libro, que se imprimirá cuando sea declarado de texto. Un folleto de 42 páginas en 8°.—Orense, 1879.—Establecimiento tipográfico de A. Otero.

* * *

Granada-Murcia. — Folleto publicado en Granada por D. Luis Seco de Lucena, como recuerdo de la inundacion del 14 de Octubre último, y elogio de la caridad con que se ha socorrido á las víctimas. Contiene seis capítulos con apéndices; y éstos comprenden un discurso del Gobernador de Granada, y poesías de los Sres. Justiniano, Jimenez Campaña, Ramirez Arellano, Matilla de la Puente, Camps, Poggio, Castellano, Enciso Nuñez, García Valero, Fernandez Abril, Lozano de Vilches (Doña Enriqueta), Sevillano y Jimenez Gavarre.

**

Manual de enjuiciamiento criminal, publicado por la redaccion de «El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales».

Un volumen de 350 páginas en 8º frances. Madrid 1879.—Este libro, que acaba de publicarse, es de gran interes en estos momentos por las reformas que en la materia ha llevado á cabo el ministerio de Gracia y Justicia, con dictámen de la comision de Códigos, en virtud de la autorizacion que se le concedió por la ley de 30 de Diciembre de 1878 para recopilar todas las disposiciones vigentes en tan importante ramo de nuestro Derecho procesal.

Contiene la novísima compilacion general de las disposiciones vigentes sobre el enjuiciamiento criminal, aprobada por Real decreto de 16 de Octubre del pasado año 1879, precedida de éste y del dictámen con que la elevó al ministerio la citada comision; con notas, concordancias y referencias en todos los artículos á los de la ley de enjuiciamiento criminal de 1872 y á las demas disposiciones de donde se han tomado, advirtiéndose á la vez en los lugares oportunos las equivocaciones y erratas que se han cometido en la tabla de correspondencia que ha puesto el ministerio de Gracia y Justicia al fin de la edicion oficial, etc.

Como ampliacion lleva un extenso apéndice, donde se insertan el Real decreto de 20 de Junio de 1852 sobre represion de los delitos de contrabando y defraudacion á la Hacienda; la ley de orden público de 23 de Abril de 1870; la de 18 de Junio del mismo año para el ejercicio de la gracia de indulto; la de secuestradores, de 8 de Enero de 1877; la parte penal de las Ordenanzas de Aduanas de 23 de Julio de 1878; la ley de proteccion á los niños; las circulares de 7 y 9 de Octubre del mismo año sobre castigo de los delitos de agresion á la guardia civil; los artículos de la ley electoral de 28 de Diciembre siguiente, que tratan de la sancion penal para los delitos que se cometan con ocasion de las elecciones de diputados á Cortes, y por último la ley de imprenta de 1879, constituyendo así una segunda parte de procedimientos especiales.

Su precio en rústica 10 rs. en toda España: en holandesa 13.

Los pedidos al administrador de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales*, plaza de la Villa, 4, Madrid.

**

Práctica criminal.—Manual del procedimiento en los juicios de faltas y diligencias preventivas de los sumarios con arreglo á las atribuciones de los juzgados municipales, por Don Fermin Abella, abogado y director del periódico «El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales.»

Acaba de ponerse á la venta la cuarta edicion de este importante libro de práctica criminal para uso de los juzgados municipales, que se ha ajustado en todo á la compilacion publicada en 16 de Octubre de 1879, así como á las leyes de imprenta, aguas, caza y demas disposiciones novísimas que con esa materia tienen relacion.

Contiene, ademas, las oportunas explicaciones sobre competencia de dichos juzgados y forma de proceder en las actuaciones para el castigo de toda clase de faltas y delitos, extensos y completos formularios para los juicios de faltas y para las diligencias preliminares del sumario, y, por último, el lib. III del Código penal, que prescribe las penas correspondientes.

La circunstancia de haberse agotado ya tres numerosas ediciones de este Manual, demuestra su indudable utilidad, especialmente para los funcionarios á quienes está dedicado.

Su precio en rústica 10 rs.; en holandesa 13.

Los pedidos al administrador de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales*, plaza de la Villa, 4, Madrid.

**

Agenda de bufete para 1880. Libro de memoria y de cuentas de entrada y salida, dia por dia, con noticias, guía de Madrid y calendario completo.

Precios: desde una peseta 75 céntimos, hasta tres 75.

Calendario americano para 1880, 2 reales.—Calendario americano religioso para 1880, 2 rs.—Calendario americano gigantesco para 1880, 8 rs.—Calendario americano con el de cuadro para 1880, 10 rs.

Agenda de bolsillo, verdadero inseparable, ó libro de memoria diario para 1880, con el calendario y la guía de Madrid. Libro muy curioso y de gran utilidad, para uso de todos los negociantes, comerciantes, banqueros, etc., y en una palabra, para toda clase de personas. Precio: desde una peseta hasta 19.

Se hallarán en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliére, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en todas las de provincias.